

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Joseph Berna
EL COLECCIONISTA DE CABEZAS

SELECCION

TERROR

JOSEPH BERNA

EL COLECCIONISTA DE CABEZAS

Colección SELECCION TERROR n.° 525
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

520 — Simposio del horror, *Adam Surray.*
521 — Terapia de shock. *Frank Caudett.*
522 — El templo de satán, *Burton Haré.*
525 — La muerte anda sola. *Ada Coretti.*
524 — La calavera invocada, *Ralph Barby.*

ISBN 84-02 02506-4 Depósito legal: B. 1.403 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo. 1983
2ª edición en América: septiembre, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza

con
personajes,
entidades o
hechos pasados
o actuales, será
simple
coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N
152. Km 21.6501 Barcelona
1983

CAPITULO PRIMERO

Sholto Goddard levantó su copa.

—A tu salud, Diana.

Diana Osell le imitó.

—A la suya, señor Goddard.

—Te ruego que me llames Sholto.

—No sé si me atreveré.

—¿Por qué?

—Es usted un hombre demasiado...

—¿Mayor?

—Oh, no, por Dios. Usted todavía es joven, señor Sholto.

—Tengo cuarenta y dos años. Y no me quito ninguno, te doy mi palabra.

—Le creo, porque no aparenta más de treinta y cinco.

Sholto Goddard se echó a reír.

—Eres muy amable, Diana, pero creo que exageras un poco.

—Es la verdad, señor Goddard. Nadie diría que ha cruzado usted ya la barrera de los cuarenta. Se mantiene alegre, jovial, fuerte, apuesto... Viste, además, con exquisitaelegancia. Es el hombre más elegante y distinguido de todo Boston, estoy segura.

—Muchas gracias, Diana.

—Por eso no me atrevo a llamarle Sholto, señor Goddard. Es un hombre muy importante. Y muy rico, además.

—¿Cómo lo sabes?

—No hay más que ver la casa en que vive. Es una maravilla.

—Me alegro de que te guste, Diana.

—Es fantástica, de verdad.

—Tú también eres fantástica, Diana.

—Sólo soy una chica del montón.

—Si fueras una mujer vulgar, no me habría fijado en ti.

Diana Osell le cogió la mano y se la oprimió cálidamente.

—Gracias, señor Goddard. Por haberse fijado en mí, y por haberme invitado a venir a su casa.

Sholto dejó su copa sobre la mesa del lujoso salón, ubicada frente al largo sofá en el que ambos estaban sentados, y cogió la mano de la chica entre las suyas.

—¿Cuántos años tienes, Diana?

—Veintidós.

—Una edad maravillosa —dijo Sholto, y la besó suavemente en los labios.

Diana Osell se deshizo también de su copa y deslizó la mano libre por la nunca de Sholto

Goddard, pidiendo:

—Béseme otra vez, señor Goddard.

—Me apetece mucho, pero no lo haré si no me llamas por mi nombre.

Diana sonrió ampliamente, mostrando sus blancos dientes.

—Béseme otra vez, Sholto.

—Qué bien lo pronuncias —sonrió también Goddard, y volvió a unir su boca a la de ella.

Diana se apretó a él, para que el beso fuera más largo y más apretado que el anterior.

Sholto deslizó su mano por las tentadoras piernas de la chica, que la abertura frontal del largo vestido de noche le permitía exhibir con generosidad.

A Diana le complació que el rico, elegante y apuesto cuarentón le acariciara los muslos.

Lo hacía, además, muy sabiamente, demostrando su experiencia, y Diana no pudo evitar un estremecimiento de placer, acompañado de un dulce gemido.

Sholto interrumpió el beso, la miró a los ojos, y confesó:

—Me gustas mucho, Diana.

—Lo mismo digo, Sholto —repuso ella, acariciándole la nuca.

—Tus piernas son maravillosas.

—Me agrada sentir el contacto de su mano en ellas.

Sholto alzó las manos y cogió los finos tirantes del vestido que lucía Diana, de escote ciertamente atrevido.

—¿Puedo...? —preguntó.

—Por supuesto —autorizó ella.

Sholto deslizó los tirantes por los preciosos hombros de Diana, hasta dejar sus jóvenes y turgentes senos totalmente al descubierto. Se los contempló con fijeza, durante casi un minuto, y después murmuró:

—Son sencillamente perfectos.

—Y pueden hablar —dijo Diana, con malicioso gesto.

—¿Hablar?

—Sí, ¿no oye cómo piden que los bese y los acaricie?

Sholto rió.

—Los voy a complacer en seguida —respondió, tomándolos con sus manos.

Los besó y los acarició largamente, provocando la excitación de su dueña, que gemía y se estremecía de placer. De pronto, levantó la cabeza y dijo:

—Deseo hacer el amor contigo, Diana.

—También yo lo deseo, Sholto —confesó ella, sonriéndole.

Goddard la besó en los labios y se puso de pie.

—Vamos, Diana.

Ella se levantó también del sofá e hizo ademán de subirse los tirantes del vestido, pero Sholto rogó:

—No me prives del placer de seguir contemplando tus hermosos pechos, Diana.

—Está bien —sonrió la joven, y provocó la caída del vestido, quedando prácticamente desnuda ante los ojos de Sholto Goddard, pues el pantaloncito que protegía su intimidad era descaradamente reducido y excitante, debido a su transparencia.

Sholto se retiró un par de metros, para contemplar mejor el prodigioso cuerpo de la chica.

—¡Qué maravilla! —exclamó, realmente entusiasmado.

Diana apoyó las manos en sus magníficas caderas.

—¿Me doy la vuelta, Sholto? —sugirió, con voz sensual.

—Sí, por favor.

Diana empezó a girar lentamente y mostró su preciosa espalda al cuarentón, así como su firme y redondeado trasero, que suponía una tentación muy difícil de resistir.

Nuevamente de cara al distinguido y apuesto Sholto, preguntó:

—¿Alguna objeción?

—Oh, no, ninguna —respondió inmediatamente Goddard—. Todo me gusta una barbaridad. Especialmente...

—Dígalo, Sholto. ¿Qué es lo que más le gusta de mi cuerpo?

—Te va a sorprender, ¿sabes?

—¿De veras?

—La cabeza.

—¿Cómo? —parpadeó Diana.

—Que lo que me gusta más de ti, es la cabeza.

—Vaya, pues es verdad que me ha sorprendido. Si hubiera dicho mis pechos, miscaderas, mi trasero o mis piernas, lo hubiese encontrado normal, Pero mi cabeza...

—Todavía no te lo he dicho, Diana, pero soy escultor.

—¿Escultor?

—Sí, mi pasión por la escultura no conoce límites. Aunque sólo modelo cabezas.

—Sólo cabezas...

—Así es. Los cuerpos no me interesan. Como escultor, claro. Como hombre, ya es otra cosa —sonrió Sholto, acercándose a Diana y tomándola en sus brazos.

—¿Qué tiene mi cabeza de particular? —preguntó ella.

—Es perfecta, Diana. Y quiero tenerla en mi colección.

—¿Colección?

—Sí, tengo un buen número de cabezas. Y es que no las vendo, ¿sabes? Todas las que he creado hasta ahora, siguen siendo de mi propiedad. No tengo necesidad de venderlas, porque no me hace falta dinero. Tengo más del que necesito para vivir.

—Qué suerte.

—Te ofrezco mil dólares por tu preciosa cabeza, Diana.

—No lo diga así, o pensaré que tiene interés en cortármela —bromeó la joven.

Sholto Goddard rió con ganas.

—Tienes un gran sentido del humor, Diana. Además de un trasero magnífico —añadió, palmeando las prietas nalgas femeninas.

Ahora fue Diana Osell la que rió.

—Explíqueme lo de la «compra» de mi cabeza, Sholto.

—Es muy sencillo, Diana. Tú posas para mí, el tiempo que haga falta, y yo te entrego mil dólares.

—¿No es demasiado?

—No, tratándose de una cabeza tan hermosa como la tuya.

—Empiezo a sospechar que se fijó en mí por eso, porque tengo una cabeza perfecta, según usted.

—Es verdad —admitió Goddard—, Pero como no es la cabeza lo único que tienes hermoso... —agregó, dejando la excitante grupa de Diana, para poder acariciar de nuevo sus túrgidos senos.

Ella rió.

—Posaré para usted, Sholto.

—Magnífico.

—¿Cuándo quiere empezar a trabajar?

—Esta misma noche.

—¿Esta noche?

—Sí.

—Creí que deseaba hacer el amor conmigo.

—Y lo sigo deseando, Diana. Pero antes de llevarte a la cama, quiero esbozar al menos la maravillosa forma de tu cabeza.

—¿Y eso le llevará mucho tiempo?

—No más de media hora.

—Bueno, no es mucho —sonrió la joven—. Creo que podré resistir.

Sholto rió y la cogió del brazo.

—Vamos, preciosa.

Diana se dejó llevar, pensando que se dirigían al estudio de Sholto Goddard, pero no era así.

Sholto la conducía al sótano de la casa.

Y a Diana Osell le iba a resultar muy difícil salir de él.

Viva, al menos.

CAPITULO II

Stuart Dehner, teniente de la policía de Boston, contaba treinta y tres años de edad, era de complexión robusta, rondaba el metro noventa de estatura, tenía el pelo negro, y las facciones duras, aunque en absoluto desagradables.

Vestía un traje oscuro, camisa blanca con unas finísimas rayas azules, y una vistosacorbata, cuyo nudo se había visto obligado a aflojarse, porque de pronto había sentido una extraña sensación de ahogo.

Por esa misma razón, se había abierto también el cuello de la camisa, aunque no por ello parecía respirar mejor.

Y es que ni el cuello de la camisa ni el nudo de la corbata eran responsables de la súbita y extraña sensación de ahogo que padecía el teniente Dehner.

La causa era otra.

Una mujer, concretamente.

Joven.

Bien formada.

Estaba completamente desnuda.

Sin embargo, tampoco era ésa, la total desnudez de la mujer, la razón de que el joven y experimentado teniente no pudiera respirar con normalidad.

Stuart Dehner había contemplado muchas mujeres desnudas.

Tan bien formadas o mejor que aquélla.

Y había hecho algo más que mirarlas.

No podía, por tanto, impresionarse por tener ante sus ojos el bello cuerpo desnudo de una mujer joven, puesto que no suponía una novedad para él.

Sí era una novedad, en cambio, que la mujer no tuviese cabeza.

Se la habían cortado.

La habían decapitado salvajemente.

Brutalmente.

Monstruosamente.

Eso era lo que había impresionado tanto al teniente Dehner, hasta el punto de hacerle sentir aquella rara y repentina sensación de ahogo, que le había obligado a aflojarse el nudo de la corbata y desabrocharse el botón superior de la camisa.

Y es que la monstruosidad no acababa allí, en la salvaje decapitación de la mujer, a la que por lo visto habían torturado cruelmente antes de cortarle la cabeza.

La tortura la había sufrido en las manos, también.

Pero había sido una tortura terrible.

Le habían amputado los extremos de los dedos.

Las falangetas, concretamente.

Le habían desaparecido, por tanto, las yemas de todos sus dedos, incluidos los pulgares.

Era un espectáculo horroroso de verdad.

El teniente Dehner no había presenciado nada tan estremecedor en los casi diez años que llevaba como policía.

Frente a él, al otro lado del cajón del frigorífico en el que descansaba el cadáver de la infortunada mujer, se hallaba el sargento Buck Whorf, fiel y eficaz compañero de Stuart

Dehner en todas sus investigaciones.

El sargento Whorf, de treinta y ocho años de edad, ligeramente más bajo de estatura que el teniente Dehner, pero más fornido aún que éste, tenía la cabeza redonda, las cejas muy pobladas y la nariz grande y aplastada.

Tenía aspecto de boxeador retirado.

Buck Whorf miraba también fijamente el cuerpo desnudo de la decapitada mujer, su cuello cercenado, sus manos torturadas, pero no padecía esa extraña sensación de ahogo que sentía su superior.

Lo suyo era peor.

Tenía el estómago encogido, las tripas hechas un nudo y sentía unas náuseas terribles, muy difíciles de resistir. Estaba, además, pálido, y le temblaban ligeramente los labios.

Desde que el empleado del depósito de cadáveres tirara de aquel cajón y retirara la sábana, descubriendo totalmente el cuerpo decapitado de la mujer, el teniente Dehner y el sargento Whorf no habían pronunciado palabra.

El horror les impedía hacer comentario alguno.

Y eso que ya sabían que a la mujer le habían cortado la cabeza y los extremos de los dedos de las manos, porque los habían informado antes de asignarles el caso.

Pero, evidentemente, no era lo mismo oírlo que presenciarlo con sus propios ojos.

Stuart Dehner se dijo que ya habían contemplado suficientemente el cuerpo de la desgraciada, e hizo una leve indicación al empleado del depósito.

El tipo cubrió nuevamente el cuerpo con la acartonada sábana y empujó el cajón, metiéndolo en el frigorífico.

—¿Alguna cosa más, teniente? —preguntó.

—No. eso es todo por el momento, gracias —respondió Stuart, con la voz ligeramente enronquecida.

—Si desean echarle otra ojeada al cadáver de la mujer, pulsen ese timbre y acudiré en seguida.

—Entendido.

El empleado abandonó la estancia, dejando solos a los dos policías.

Buck Whorf miró a su superior, con una cara que daba lástima.

—Me siento enfermo, teniente —confesó, con voz apagada—. ¿Usted no?

Stuart asintió con la cabeza.

—No me he sentido peor en toda mi vida, sargento.

—¿Cómo pudo alguien hacer una cosa tan horrible?

—No lo sé.

—¿Y por qué?

—Es lo que tenemos que averiguar, sargento.

Buck Whorf movió la cabeza, con gesto claramente pesimista.

—Va a ser muy difícil, teniente. No sólo no sabemos quién era esta pobre mujer, sino qué cara tenía. No sabemos si era rubia, morena, pelirroja o castaña. Ignoramos de qué color tenía los ojos, cómo era su nariz qué forma tenía su boca... Nadie podrá identificarla, porque le falta la cabeza. La encontraron, además, completamente desnuda. No sabemos cómo vestía y no tenemos una sola prenda suya que nos sirva para iniciar la investigación. Ni una prenda, ni un

objeto, ni nada de nada. No llevaba anillo, pulsera, reloj...

—Es obvio que la despojaron de todo, sargento, antes de ocultar su cadáver en aquel bosque. Y precisamente por eso, para que sea difícil averiguar la identidad de la víctima, caso de que el cuerpo fuera descubierto, como de hecho ha sucedido, gracias a ese cazador y al olfato de su perro, que fue quien encontró el cadáver de la mujer entre aquellos arbustos.

—¿Qué habrán hecho con la cabeza?

—Ocultarla en otro lugar, tal vez. O enterrarla, lejos de ese bosque. Cualquiera sabe.

—¿La decapitarían por eso, teniente? ¿Para que nadie pueda identificar a la víctima?

—Es posible.

—¿Y por qué amputarle los extremos de todos los dedos? ¿No tenían bastante con uno o dos?

Stuart Dehner se mesó el cabello.

—Eso me da que pensar, sargento. La mujer sufrió una tortura muy extraña, puesto que sólo se ensañaron con sus dedos, respetando el resto de su cuerpo. No tiene heridas en los pechos ni en el vientre, ni en los muslos... Ni heridas, ni señales de golpes, ni quemaduras, ni pruebas de cualquier otra clase de tortura. Sólo sus manos fueron torturadas. ¿Por qué?

—Quizá había hecho algo con ellas. Algo que a su verdugo o sus verdugos, suponiendo que fueran más de uno, no les gustó. Y se vengaron así, amputándole las puntas de los dedos.

El teniente Dehner movió la cabeza.

—No, sargento. Si ésa hubiese sido la razón, no se habrían limitado a cortarle las puntas de los dedos. Le habrían cortado las manos.

—Puede que tenga razón.

—¿Sabe lo que pienso, sargento Whorf?

—No.

—Que lo hicieron para impedir que podamos tomar las huellas dactilares de la víctima, lo cual nos permitiría conocer su identidad, pese a faltarle la cabeza.

—¡Diablos! —exclamó Buck, respingando—. ¡No se me había ocurrido, teniente!

—¿Verdad que es posible, sargento?

—¡Desde luego!

—Me gustaría estar en lo cierto. ¿Y sabe por qué?

—Dígamelo.

—Sí ésa fue la única razón de que le amputaran los extremos de los dedos, lo más probable es que no hubiera tortura.

—¿No?

—Seguramente lo hicieron después de cortarle la cabeza. Y, si fue así, la mujer no sufrió.

Su muerte debió ser instantánea.

—Celebraría que así fuera, teniente, porque eso de irle cortando a uno las puntas de los dedos, una a una... —Whorf se estremeció, sólo de pensarlo.

—¿Se fijó en las muñecas de la víctima, sargento? —preguntó Stuart.

—Sí, las tiene ligeramente lastimadas.

—Debió lastimárselas ella misma. La tenían con las manos atadas, probablemente a la espalda, y al intentar aflojar sus ligaduras, se produjo esas rozaduras.

—Quizá ya sabía lo que le esperaba.

—Seguro.

—Pobre mujer.

—Bien, sargento, creo que podemos irnos ya. Cuando el forense le practique la autopsia y nos entregue su informe, sabremos más cosas de la víctima. El tiempo que lleva muerta, si fue violada por sus verdugos...

—Su cuerpo no ofrece señal alguna de abusos.

—No, es verdad. No hay huellas de apretones, de pellizcos, ni de mordiscos. Si la ultrajaron, lo hicieron con mucha delicadeza.

—Veremos qué dice el informe —suspiró Whorf.

—En marcha, sargento. Tenemos que explorar a fondo ese bosque —dijo el teniente Dehner, y él y Buck Whorf abandonaron el depósito de cadáveres.

CAPITULO III

La puerta del sótano se hallaba perfectamente disimulada.

Tan perfectamente disimulada, que nadie que no lo supiera podría sospechar que aquello era una puerta secreta. El mecanismo que la abría entraba en funcionamiento accionando uno de los brazos del precioso candelabro instalado en la pared del vestíbulo.

Sholto Goddard lo accionó, y la puerta empezó a abrirse, lenta y silenciosamente.

Diana Osell dio un respingo de sorpresa.

—¿Qué es esto, Sholto?

—La puerta de mi estudio.

—¿Lo tiene en el sótano?

—Sí.

—Qué raro.

—¿Por qué te parece raro, Diana?

—Siempre creí que los escultores, lo mismo que los pintores, preferían trabajar con luz solar.

—Así es, pero yo prefiero trabajar en el sótano. Tiene una iluminación espléndida, y no echo de menos la luz solar. Bajemos y te convencerás.

Sholto tiró de la mano de Diana, y ésta se dejó conducir, al tiempo que preguntaba:

—¿Por qué una puerta tan secreta, Sholto?

—No me gusta que se vea. Antes se veía, y afeaba el vestíbulo. Por eso disimulé la entrada de mi estudio.

—Entiendo.

Estaban ya descendiendo por la escalera, que tenía forma de caracol.

Sholto no había cerrado la puerta, y Diana se alegró.

Se sentía un poco nerviosa, aunque no sabía por qué.

Sholto era un hombre agradable, educado, adinerado...

Y generoso, muy generoso...

Le iba a entregar mil dólares sólo por posar para él unos cuantos ratos.

¿Qué podía temer, pues, de Sholto Goddard?

Diana Osell se decía que nada, así que decidió expulsar de su cuerpo aquel estúpido nerviosismo, totalmente injustificado.

Ya habían llegado abajo.

El sótano estaba a oscuras, pero Sholto accionó el interruptor de la luz y varios focos se encendieron a la vez, iluminándolo totalmente.

Diana se quedó paralizada por la sorpresa.

Bueno, no sólo por la sorpresa.

El horror también tenía mucho que ver en su repentina parálisis.

Un horror plenamente justificado, pues en el mismo centro del sótano se veía una guillotina.

Y no de las de cortar papel, precisamente.

¡Aquélla cortaba cabezas!

Era una guillotina enorme.

Siniestra.

Escalofriante...

Y daba la impresión de que había funcionado ya numerosas veces, a juzgar por la cantidad de cabezas que, colocadas sobre una serie de repisas, se veían en el sótano.

¡Había más de veinte!

¡Y todas eran de mujer!

Mujeres jóvenes.

Bellas.

Atractivas...

Diana Osell sintió que su cuerpo se quedaba frío.

Había palidecido intensamente, le temblaban los labios, las manos, las piernas...

Y el caso es que se decía que se había impresionado tontamente, porque todas aquellas cabezas no habían sido cortadas por la macabra guillotina, sino creadas por Sholto

Goddard con sus hábiles manos de escultor.

Pero no lograba convencerse a sí misma.

Las caras de todas aquellas mujeres eran demasiado perfectas, demasiado naturales, lo mismo que su pelo, como para admitir que no eran reales, sino modeladas por las manos de Sholto Goddard.

Luego, estaba la guillotina.

¿Qué pintaba una siniestra máquina de ejecución como aquélla, en el estudio de un escultor?

Un estudio, además, que no parecía un estudio.

Aquello parecía más un museo.

Un museo de cabezas, naturalmente.

Un museo siniestro y macabro, capaz de estremecer al más pintado.

También podía tomarse como una cámara de ejecución, si se fijaba uno en la guillotina.

Sólo faltaba el verdugo, con su negro capuchón, el torso desnudo y brillante, musculoso, para impresionar aún más a las víctimas...

Sholto Goddard, muy pendiente de las reacciones de Diana Osell, sonrió y preguntó:

—¿Te gusta, Diana?

—¡Es horrible! —exclamó la joven, sin poderse contener.

—¿Quieres decir que no te gusta mi colección de cabezas? —pareció sorprenderse el elegante Sholto.

—¡Lo que no me gusta es la guillotina!

—Oh, la guillotina... —sonrió de nuevo Goddard.

—¿Qué hace aquí esa espantosa máquina de ejecución, Sholto?

—Me inspira.

Diana lo miró, perpleja.

—¿Que le inspira, dice?

—Guarda relación con mi trabajo, compréndelo. Yo modelo cabezas, y la guillotina las corta, como todo el mundo sabe. Y puesto que yo no vendo ninguna de mis creaciones, sino que las conservo, formando una hermosa colección con ellas, decidí comprar una guillotina y colocarla en mi estudio, como una especie se símbolo.

—¡Menudo símbolo!

—Es sólo un adorno, Diana. Si te ha impresionado, lo siento. Tal vez debí decirte que tenía una guillotina en mi estudio.

—¡Desde luego que debió decírmelo!

Sholto la rodeó con sus brazos y la estrechó cálidamente.

—¿Te has asustado, Diana?

—¡Mucho!

—¿Qué pensaste al ver la guillotina?

—¡Que había cortado todas esas cabezas con ella!

Sholto Goddard rompió a reír.

—Vaya ocurrencia.

—Dígame una cosa, Sholto.

—Todas las que quieras.

—¿Es cierto que ha modelado usted todas esas cabezas?

—Con mis propias manos.

—Me cuesta creerlo, la verdad.

—¿Por qué?

—Son tan perfectas...

—Es el mejor elogio que podías hacer de mis creaciones —dijo Sholto, orgulloso, y la besó.

Diana no le devolvió la caricia, porque seguía preocupada.

Sholto observó:

—Tienes los labios fríos, Diana.

—Y todo lo demás, también —repuso ella.

—¿Tanto te ha impresionado la guillotina?

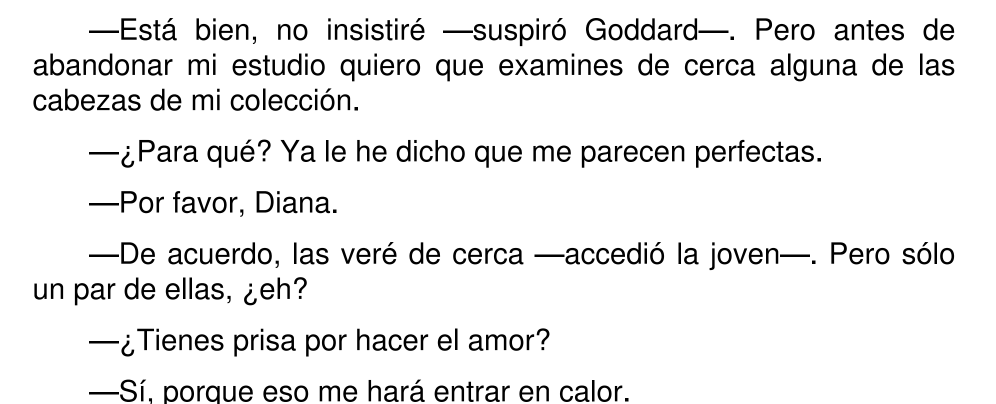
—Terriblemente.

—Lo lamento de veras.

—¿Por qué no volvemos arriba, Sholto? —sugirió Diana.

—¿Sin esbozar tu cabeza?

—Ya la esbozará mañana. En este momento no me siento con ánimos para posar.



—Está bien, no insistiré —suspiró Goddard—. Pero antes de abandonar mi estudio quiero que examines de cerca alguna de las cabezas de mi colección.

—¿Para qué? Ya le he dicho que me parecen perfectas.

—Por favor, Diana.

—De acuerdo, las veré de cerca —accedió la joven—. Pero sólo un par de ellas, ¿eh?

—¿Tienes prisa por hacer el amor?

—Sí, porque eso me hará entrar en calor.

Sholto rió y Diana le imitó, aunque sin demasiadas ganas.

—Ven preciosa —dijo él, llevándola hacia algunas de las cabezas que afirmaba haber modelado con sus propias manos.

Al observarlas de cerca, a Diana le parecieron aún más perfectas, más naturales, más reales, y su preocupación se acentuó.

Sholto señaló la cabeza de una mujer morena, con unos preciosos ojos verdes y una boca realmente tentadora, y dijo:

—Esta es mi última creación, Diana.

—¿Cómo se llama la modelo? —preguntó la joven.

—Ellen Price.

—¿También le pagó mil dólares por posar para usted?

—Sí.

—¿Hizo el amor con ella, Sholto?

—Sí.

—Lo suponía.

—Me gustan las mujeres, ya lo sabes —sonrió Goddard, acariciándole las caderas.

—¿Puedo tocar la cabeza de Ellen, Sholto? —preguntó Diana.

—Por supuesto.

Diana tocó el negro y brillante cabello, suave, frondoso.

No pudo evitar un estremecimiento, porque aquello no era pelo sintético.

¡Era pelo natural!

Diana Osell volvió lentamente los ojos hacia Sholto Goddard.

—Este pelo es auténtico, Sholto...

—Efectivamente —admitió él, sonriente.

—¿Cómo es posible?

—Se lo compré a Ellen.

Diana agrandó los ojos.

—¿Que se lo compró, dice?

—Si.

—Pero...

—También le compré los ojos.

Diana creyó no haber oído bien.

—¿Ha dicho los ojos, Sholto...?

—Sí. Y las pestañas. Y las cejas. Y los dientes. Y la lengua. Y las orejas. Y la nariz... En realidad, le compré la cabeza entera: De esa manera me ahorré el trabajo de modelarla.

Lo único que tuve que hacer fue cambiar la expresión de su cara, porque la tenía muy fea cuando me entregó su cabeza. Francamente horrible. Y es natural, porque ella no quería vendérmela a ningún precio, con lo cual me vi obligado a recurrir a la guillotina.

Diana Osell dio un salto hacia atrás, con claro gesto de terror.

Volvía a temblarle todo.

Y no era para menos, después de lo que había dicho Sholto Goddard.

¡Acababa de admitir que había decapitado a Ellen Price!

¡Le había cortado la cabeza en su guillotina.

¡ Y ahora la exhibía en aquella repisa!

¡Era la auténtica cabeza de Ellen Price!

¿Serían, también, auténticas el resto de las cabezas de la colección?

Diana Osell se dijo que sí.

Sholto Goddard no era un escultor.

¡Era un loco asesino!

¡Había decapitado en su guillotina a más de veinte mujeres!

¡Y ella parecía destinada a ser la siguiente víctima!

¡Sholto Goddard quería tener también su cabeza en su colección!

¡La decapitaría, si no conseguía escapar de él!

Diana lo intentó.

Dio media vuelta con brusquedad y corrió como loca hacia la escalera de caracol.

—¡Jerome! —llamó Sholto.

Al instante, un siniestro personaje apareció al pie de la escalera.

Diana frenó en seco su carrera, al tiempo que emitía un grito de terror.

Sholto Goddard lanzó una sonora carcajada y dijo:

—¡Te presento a tu verdugo, Diana!

CAPITULO IV

El teniente Dehner y el sargento Whorf llevaban algo más de media hora explorando el bosque en donde apareciera el cuerpo desnudo y decapitado de la mujer.

Habían empezado por el lugar exacto donde le perro del cazador descubriera el cadáver, oculto entre unos arbustos. Desde allí, y ampliando poco a poco el radio del área a explorar, Stuart y Buck estaban rastreando palmo a palmo el terreno, con la ayuda de sendas linternas, porque era de noche.

Una noche por fortuna bastante clara, porque lucía una luna hermosa y las estrellas brillaban con fuerza en el cielo, proporcionando luz suficiente como para poder moverse por el bosque sin darse de bruces contra el tronco de algún árbol.

Para inspeccionar minuciosamente el suelo, sin embargo, eran necesarias las linternas, y los policías no habían dudado en recurrir a ellas.

De pronto, Buck Whorf desgranó una imprecación.

Stuart Dehner se detuvo y lo buscó con la mirada.

—¿Ha encontrado algo, sargento?

—Sí, teniente.

—¿El qué?

—Una cosa que huele muy mal.

—¿Se refiere a...?

—Sí, teniente. Y casi le he puesto el pie encima.

Stuart no pudo contener la risa.

—Me alegro de que no la haya pisado, sargento.

—Teníamos que haber venido por la mañana, teniente. Explorar un bosque de noche...

—Hay que ganar tiempo, sargento. Además, hace una noche magnífica.

—Todo lo magnífica que usted quiera, teniente, pero si no llega a ser por la linterna, habría dejado impresa la huella de mi zapato en esa «ensaimada» —rezongó Whorf.

Dehner rió de nuevo.

—Quizá fue cosa del perro del cazador, sargento.

—Yo más me inclino a pensar que fue cosa del cazador.

—¡Es usted tremendo, Buck! —continuó riendo Stuart.

Se disponían a reanudar el rastreo, cuando se escuchó el ruido lejano de un motor.

—¿Oye eso, sargento?

—Sí, teniente.

—Es un coche.

—Y parece que viene hacia aquí. Cada vez se oye más cerca — señaló Whorf.

—Apaguemos las linternas y escondámonos, sargento.

Lo hicieron así, quedando ocultos tras un matorral.

Segundos después, aparecía el coche.

No venía exactamente hacia donde ellos se encontraban, pero se detuvo cerca. A unos veinte metros, aproximadamente.

Las luces del coche se apagaron y sus ocupantes empezaron a salir de él. De la parte delantera descendieron dos tipos jóvenes, que vestían ropas tejanas. Uno de ellos abrió la puerta de la parte trasera y apremió:

—¡Vamos, sacad a la chica!

—¡Sí, rápido! —dijo el otro sujeto.

El teniente Dehner y el sargento Whorf cambiaron una mirada, en silencio. Después volvieron a mirar hacia el coche.

Otros dos tipos jóvenes, que vestían como sus compañeros, salieron del coche cargados con una mujer. Uno la cogía de debajo de los brazos y el otro de las piernas.

Dehner y Whorf se tranquilizaron al comprobar que la mujer estaba viva, porque se agitaba. Y es que por un momento habían temido ambos que se tratara de otra mujer decapitada y con los extremos de los dedos de las manos amputados.

Aquélla, por fortuna, conservaba su cabeza.

Y no estaba desnuda.

Tenía las manos atadas a la espalda, y no podía gritar porque la habían amordazado.

Los dos tipos que la habían sacado del coche la depositaron en el

suelo. El que la tenía cogida por las piernas se las siguió sujetando para que no pudiera patalear. El otro individuo la sujetó por los hombros, impidiéndole erguir el torso.

La chica se agitó en el suelo, con desesperación.

—¡Mmmm...! —fue todo lo que pudo decir, por culpa de la mordaza.

—Cálmate, preciosa, que lo vas a pasar muy bien —dijo uno de los individuos que salieran de la parte delantera del coche, con cínica sonrisa.

—Los cuatro sabemos hacer el amor, y vas a gozar como no has gozado en tu vida —añadió el otro tipo.

—Fijaos qué piernas, muchachos —dijo el individuo que se las sujetaba a la chica, levantándole la falda hasta casi la cintura.

—Contemplemos también sus pechos —sonrió el que la sujetaba por los hombros, y le abrió la blusa de un zarpazo, haciendo saltar todos los botones.

Como la chica no llevaba sujetador, sus preciosos senos quedaron totalmente expuestos a las sucias miradas de aquel cuarteto de indeseables, cuya intención de violarla no podía estar más clara.

El teniente Dehner apretó los dientes.

—Vamos, sargento —indicó.

—Sí, es el momento de intervenir —masculló Whorf, furioso también por lo que los tipos pensaban hacer con la indefensa muchacha.

Se irguieron los dos, salieron de detrás del matorral, y echaron a correr hacia el cuarteto de canallas.

—¡Quietos, hijos de perra! —ordenó Stuart.

—¡Soltad a la chica, malnacidos! —rugió Buck.

Los individuos respingaron a causa de la sorpresa, pues lo que menos se esperaban es que hubiera alguien en aquel bosque, a aquellas horas.

Tampoco la chica lo esperaba y ya se veía ultrajada por aquellos cuatro tipos sin escrúpulos, pero su esperanza renació al comprobar que no estaba sola, que dos hombres venían en su ayuda.

—¡Mmmm...! —se dejó oír de nuevo, agitándose en el suelo.

—¿Qué hacemos, Tex? —preguntó uno de los tipos que estaban

erguidos.

—¡Ocuparnos de los fulanos, naturalmente! —respondió el llamado Tex, que era el jefe de la pandilla.

Extrajo su navaja de resorte.

Sus compañeros le imitaron.

Las navajas no asustaron a Stuart y Buck.

Eran policías, y sabían cómo hacer frente a tipos que esgrimían armas blancas.

Tex, el jefe del grupo, atacó con su navaja al teniente Dehner.

Quería clavársela en el vientre, pero Stuart saltó de lado y la hoja de acero sólo desgarró el aire.

Tex no tuvo tiempo de rectificar, porque el policía le asestó un tremendo puñetazo y lo tiró al suelo, donde quedó aturdido, la navaja fuera de su mano.

Dino, el otro miembro de la pandilla que viajara con Tex en la parte delantera del coche, atacó furiosamente al sargento Whorf, pero éste también supo esquivar el mortal navajazo.

Y antes de que el tipo le atacara de nuevo Buck disparó la pierna derecha y le incrustó la punta del zapato en el estómago.

Dino lanzó un terrible aullido y se dejó caer de rodillas, soltando la navaja.

El sargento Whorf disparó la otra pierna, alcanzando ahora en la cara al malhechor, que aulló de nuevo y cayó de lado, quedando inmóvil, porqué había perdido el sentido.

Rock y Bill, los otros dos miembros del grupo, se lanzaron rabiosamente contra los policías, con las navajas por delante.

Rock era el que le había levantado la falda a la chica, y le tocó en suerte al teniente Dehner, quien, tras burlar la feroz acometida del tipo, le agarró el brazo con ambas manos y le obligó a realizar una voltereta en el aire.

De no haberla hecho, le habría dislocado el hombro.

Aun así, Rock sintió un agudo dolor en su hombro derecho.

También sintió dolor en la espalda, cuando se estrelló contra el suelo, tan duramente que temió por su espinazo.

Stuart le arrebató la navaja y después le atizó un punterazo en la mandíbula, durmiéndolo en el acto.

Bill, el sujeto que dejara a la chica con los pechos al aire, no había podido tampoco incrustar su navaja en el cuerpo del sargento. Este le soltó un mazazo en la nuca, con su puño izquierdo, haciéndolo caer.

Como el tipo no estaba dormido del todo, Buck utilizó de nuevo su pierna, cuyo extremo percutió en la quijada del indeseable.

Bill perdió un par de dientes.

Y el conocimiento, claro.

Stuart Dehner vio que Tex, el jefe de la pandilla, se estaba recobrando, e indicó:

—Ocúpese de ése, sargento. Yo atenderé a la muchacha.

—Bien, teniente —respondió Whorf, acercándose al malhechor.

Le soltó un patadón en la barbilla y lo durmió otra vez.

Tex también perdió una pieza dental, aunque él no se enteró.

Stuart ya se estaba ocupando de la chica, que aparentaba unos veinticuatro años y tenía el pelo castaño.

La joven había erguido el torso y encogido las piernas, consiguiendo cubrir sus esbeltos muslos con la falda. Lo que no había podido conseguir es cerrarse la blusa, y como sus prietos senos continuaban visibles, se mantenía casi de espaldas a los dos policías.

Stuart la desató y le quitó la mordaza.

La chica se apresuró a cerrarse la blusa, y como no le quedaba un solo botón, se la anudó nerviosamente.

—Soy el teniente Dehner, y mi acompañante es el sargento Whorf —dijo Stuart.

—Gracias por acudir en mi ayuda, teniente. Estos canallas pretendían..., pretendían...

¡Oh, Dios mío, qué mal lo he pasado! —rompió en sollozos la muchacha.

Stuart la abrazó cariñosamente y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Tranquilícese, está usted a salvo.

—Gracias, teniente Dehner, gracias.

—¿Cómo se llama?

—Rowena Bailey.

—Tiene que contármelo todo desde el principio, Rowena. ¿Lo

hará?

—Sí, teniente —respondió la joven, que estaba empezando a calmarse.

CAPITULO V

Diana Osell estaba a punto de desvanecerse de terror.

Sus ojos desencajados y la palidez de una muerta, contemplaban al siniestro personaje que respondía al nombre de Jerome.

Era un verdadero gigante.

Los dos metros de estatura, desde luego, los superaba claramente.

Diana no podía verle la cara, porque llevaba puesto un capuchón negro, como los auténticos verdugos, que sólo le permitía mostrar sus ojos y la raja bucal.

Los ojos los tenía muy negros y brillantes, aunque Diana no sabía si le brillarían siempre, o le brillaban en aquellos momentos porque la estaba contemplando prácticamente desnuda.

Sí, porque ella no llevaba más prenda encima que las sucintas braguitas, que además eran transparentes. Su vestido había quedado tirado en el brillante suelo del salón, y Diana lamentaba ahora profundamente haberse despojado de él.

Aunque su situación, con vestido o sin vestido, era igualmente angustiosa, desesperada, porque Jerome, su verdugo, estaba allí, al pie de la escalera de caracol, cortándole la huida.

No podía escapar del sótano.

Y si no escapaba del sótano, tampoco escaparía de la guillotina, eso estaba muy claro.

De ahí que se sintiera desfallecer de pánico.

No obstante, Diana siguió consciente.

Aterrada, pero despierta, para ver lo que ocurría.

Por si acaso era su desnudez la causa de que al verdugo le brillasen tanto los ojos, Diana se cubrió los pechos con los brazos, pero no se movió de donde estaba.

Tampoco Jerome se movió.

Y sus negros ojos siguieron brillando con fuerza.

También su torso y sus brazos brillaban, como si se hubiera friccionado con algún aceite especial.

Su caja torácica era impresionante, con unos músculos tan duros y tan desarrollados que Diana se dijo que podría triturar fácilmente a una persona con sólo abrazarla.

Y es que sus brazos también eran impresionantes.

A Diana le parecían más piernas que brazos.

De cintura para abajo, el verdugo se cubría con unos leotardos rojos, que dibujaban perfectamente los poderosos músculos de sus piernas, gruesas como columnas de un templo romano.

Iba descalzo.

Diana calculó la talla de aquel par de enormes pies.

Debía gastar un cincuenta y tantos.

Seguramente por eso iba descalzo, porque no encontraba zapatos tan grandes.

Y es que aquello, más que pies, parecían monopatines.

Sholto Goddard se aproximó a Diana Osell y preguntó:

—¿Qué te parece tu verdugo, Diana?

La aterrorizada joven no respondió.

Ni siquiera miró a Sholto.

Ella sólo tenía ojos para el gigantesco encapuchado que debía cortarle la cabeza, a menos que consiguiera escapar, lo cual seguía viendo francamente difícil.

No obstante, tendría que intentarlo.

Y antes de que el impresionante verdugo la colocara en la guillotina, porque una vez en ella ya nada podría hacer por intentar huir de aquel siniestro sótano.

Sholto Goddard le acarició la rojiza cabellera.

—Tienes un pelo precioso, Diana. Tu cabeza será una de las más hermosas de mi colección.

Diana Osell se apartó de él con brusquedad.

—¡No me toque, asesino!

—¿Asesino?

—¡Ha matado a más de veinte mujeres!

—Yo no he matado a nadie. Diana.

—¡Ya sé que las ha decapitado su verdugo, pero porque usted se

lo ordenó! ¡Usted es el responsable de todas esas muertes, Sholto! ¡El verdadero culpable!

—Quiero formar una importante colección de cabezas de mujer. Cabezas hermosas, perfectas, maravillosas... Me hubiera gustado crearlas con mis propias manos, pero las tengo demasiado torpes. No soy un buen escultor, Diana. He intentado muchas veces modelar una cabeza humana, y jamás logré terminarla. Me desesperaba al ver que era incapaz de realizar un buen trabajo, y acababa destruyendo mi creación, consciente de su imperfección, de sus muchos defectos. Es por eso por lo que un buen día decidí formar una colección de cabezas de mujer auténticas, pues era la única manera de que fuesen perfectas. Es mucho más sencillo conservarlas, que crearlas. Sé cómo evitar que se descompongan.

—¿Y las vidas de todas esas mujeres? —exclamó Diana—. ¿No le importa haber acabado con ellas, sólo por formar una macabra colección con sus cabezas?

—Es inevitable, Diana. Yo puedo comprar cualquier cosa con mi dinero, porque poseo una verdadera fortuna. Lo único que no puedo comprar es la cabeza de una mujer. Por eso me veo obligado a recurrir a la guillotina.

—¡Es usted un monstruo!

—No opinabas así de mí, Diana.

—¡Porque desconocía sus actividades! ¡Si hubiera sabido que se dedicaba a cortar cabezas de mujer, para formar una colección, jamás hubiera venido a su casa!

Sholto sonrió.

—Es obvio que no, preciosa. Bien, creo que ya va siendo hora de que el verdugo cumpla con su obligación. Cuando quieras, Jerome.

El mastodonte que tenía a su cargo el manejo de la siniestra guillotina movió sus robustas piernas.

Al verlo venir hacia ella, Diana Osell creyó morirse de espanto.

—Oh, Dios, no... —pronunció, con voz estrangulada, al tiempo que retrocedía.

Lo hizo torpemente, porque sentía una gran debilidad en las piernas.

Las rodillas le flaqueaban.

Parecía que iban a fallarle de un momento a otro, provocando su caída.

Sin darse cuenta, Diana se estaba aproximando a la guillotina.

De pronto, tropezó con la horrible máquina de ejecución.

La aterrada joven se volvió y dio un grito.

El verdugo seguía avanzando hacia ella.

Lentamente.

Como si deseara prolongar la agonía, el sufrimiento, la angustia y la desesperación de su víctima.

Sholto Goddard sonreía.

Parecía gozar con el espectáculo, inflexible al pánico cerval que dominaba a Diana Osell, haciéndola temblar como una hoja.

La muchacha se colocó detrás de la guillotina.

Ya no se cubría los pechos con sus brazos.

¿Para qué?

Si Jerome la atrapaba haría lo que le viniese en gana con ella, así que era tonto preocuparse de su casi total desnudez en aquellos momentos tan angustiosos.

Lo que tenía que procurar era que el verdugo no la atrapara.

Por eso se había colocado al otro lado de la guillotina.

Si Jerome pasaba por el lado derecho de la máquina de ejecución, ella echaría a correr por el lado izquierdo y trataría de alcanzar la escalera, y si el verdugo se acercaba a ella por el lado izquierdo de la guillotina, huiría por el lado derecho.

Diana confiaba en que, debido a su extraordinaria corpulencia, Jerome no fuese muy rápido corriendo y le permitiese ganar la escalera de caracol, subir por ella, alcanzar la puerta y huir de la casa.

Desde luego, no perdería el tiempo yendo en busca de su vestido.

Saldría de la casa tal como iba, o sea, prácticamente en cueros.

A Diana no le importaría en absoluto.

Lo único que le importaba era salvar la cabeza.

Y nunca mejor utilizada la expresión, puesto que pretendían cortársela.

El verdugo alcanzó la guillotina y, tras una breve vacilación, pasó por el lado derecho.

Diana echó a correr por el izquierdo, lanzándose directa hacia la

escalera.

—¡Cuidado, Jerome! —exclamó Sholto Goddard.

El verdugo se giró con rapidez y corrió en pos de la muchacha.

No era muy veloz, a causa de su peso, pero tampoco podía decirse que corriera lento.

En cualquier caso, Diana logró alcanzar la escalera.

Subió por ella a toda prisa.

El verdugo alcanzó también la escalera.

—¡Atrápala, Jerome! —rugió Sholto.

El mastodonte subió la escalera a saltos, haciendo temblar los peldaños.

Diana, con el corazón en un puño, llegó arriba.

La puerta estaba cerrada.

Diana intentó abrirla, pero no pudo.

Había que accionar el mecanismo y ella desconocía el resorte que lo ponía en funcionamiento.

Diana lo buscó en la pared.

Desesperadamente.

¡Tenía que estar allí!

Efectivamente, el resorte estaba en la pared.

Diana lo localizó.

Pero lo localizó tarde.

El verdugo ya estaba junto a ella.

La atrapó con sus manazas antes de que la muchacha pudiera accionar el resorte, y cargó con ella, echándosela sobre su hombro izquierdo.

Diana chilló y pataleó como una loca, pero no sirvió de nada.

Jerome empezó a bajar la escalera de caracol, tardaría muy poco en verse brutalmente separada de su cuerpo.

CAPITULO VI

Lo que le había sucedido a Rowena Bailey era algo que, por desgracia, solía ocurrir con mucha frecuencia en Boston y en el resto de las ciudades importantes de Estados Unidos.

Tex y sus compinches la habían visto cruzando una calle cualquiera, les había gustado su cara y su figura, la habían seguido disimuladamente en su coche y la habían abordado en el momento que estimaron más oportuno, obligándola a entrar en el coche por la fuerza bruta.

Rock la amordazó y Bill le ató las manos a la espalda para que no pudiera gritar ni defenderse. Después, Tex sacó el coche de la ciudad y lo dirigió hacia aquel bosque solitario, para poder abusar tranquilamente de la muchacha.

Lo que hubiera sucedido después, caso de no haber intervenido el teniente Dehner y el sargento Whorf, sólo Tex y sus compañeros podrían decirlo.

Quizá hubieran dejado a Rowena abandonada en el bosque, una vez saciado su apetito sexual, aunque también es posible que hubieran puesto fin a su vida con sus navajas, para evitar que la muchacha pudiera denunciarlos a la policía.

Rowena había visto sus caras.

Y conocía sus nombres.

Incluso sabía cómo era el coche de Tex.

Por todo ello, Stuart Dehner se inclinó más a pensar que los tipos tenían planeado acabar con Rowena Bailey después de divertirse con ella, lo cual era aún peor.

Tex y sus compañeros no eran solamente unos sucios violadores de muchachas indefensas. Eran unos asesinos, y lo habían demostrado al atacarles con sus navajas.

Por eso, el teniente Dehner no pudo evitar el preguntarse si aquellos canallas tendrían algo que ver en la muerte de la mujer, cuyo cuerpo decapitado había sido descubierto precisamente en aquel bosque.

Habría que interrogarles, aunque Stuart pensaba que Tex y sus

compañeros no eran los autores del asesinato de la mujer, por la sencilla razón de que el cuerpo de ésta no ofrecía la menor señal de violación, y ellos eran fundamentalmente eso, unos violadores.

El sargento Whorf opinaba lo mismo.

Si la mujer hallada sin cabeza hubiese estado en manos de aquella pandilla de indeseables su cuerpo ofrecería múltiples señales de los abusos que, sin duda, los tiposhubiesen cometido con su indefensa persona.

Tex, Dino, Rock y Bill habían sido esposados por el sargento Whorf, mientras Rowena Bailey hablaba con el teniente Dehner. Los cuatro seguían inconscientes.

Y continuaban así cuando llegaron a la comisaría.

Buck Whorf conducía el coche de los tipos, en cuyo asiento trasero viajaban Tex y Dino.

Stuart Dehner, por su parte, conducía su propio coche, llevando a su lado a Rowena Bailey, y en la parte trasera a los inanimados Rock y Bill.

Ya en la comisaría, Rowena Bailey firmó su declaración, la cual iba a proporcionar varios años de cárcel a Tex y sus compañeros, pues aparte del delito de secuestro y posterior intento de violación, estaba el ataque con arma blanca a dos servidores de la ley.

Lo dicho, varios años de cárcel.

Aunque no tuvieran nada que ver con el asesinato de la mujer encontrada sin cabeza.

Por si acaso, Stuart Dehner indicó:

—Interrógueles usted, sargento. Yo, mientras tanto, acompañaré a Rowena a su casa.

—Bien, teniente —respondió Whorf.

—No es necesario que se moleste, teniente Dehner —dijo la muchacha.

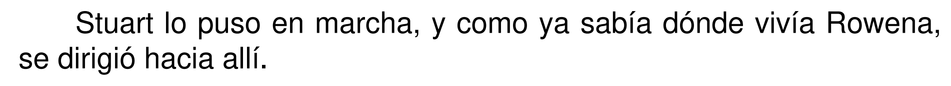
—No será ninguna molestia, Rowena —sonrió Stuart—. Más bien será un placer acompañarla.

La joven le devolvió la sonrisa.

—Es usted muy amable, teniente.

—Vamos, Rowena —dijo, cogiéndola del brazo.

Salieron de la comisaria y entraron en el coche.



Stuart lo puso en marcha, y como ya sabía dónde vivía Rowena, se dirigió hacia allí.

—Así que es usted mecanógrafa, ¿eh, Rowena?

—Sí —respondió la joven.

—¿Cuántas pulsaciones por minuto?

—Doscientas cincuenta.

—No está nada mal.

—Ellen llega a las trescientas.

Stuart la miró un instante.

—¿Quién es Ellen?

—Una compañera de trabajo.

—Y es más rápida que usted, ¿eh?

—Sí, pero no la he mencionado por eso, teniente. La verdad es que estoy deseando hablarle de ello, desde que me explicó usted que se encontraban en aquel bosque porque había sido hallado el cadáver de una mujer.

Stuart volvió a mirarla, interesado.

—Continúe, Rowena.

—Ellen hace dos días que no aparece por la oficina.

—¿Y no conoce el motivo?

Rowena Bailey movió la cabeza.

—No ha dado ninguna explicación. Hemos llamado repetidas veces a su casa, por si se encontraba enferma, pero no coge el teléfono. Y eso demuestra que no está en su apartamento.

—¿Teme usted que le haya ocurrido algo, Rowena?

—La verdad es que sí, teniente. Especialmente, después de lo que me ha sucedido a mí esta noche. Ellen puede haber caído también en manos de una pandilla de tipos sin escrúpulos. Es muy guapa y posee una figura espléndida. Por eso, cuando le oí decir que se había encontrado el cadáver de una mujer en aquel bosque, pensé inmediatamente en Ellen Price.

Stuart guardó silencio.

Rowena preguntó:

—¿Han identificado ya a la mujer, teniente Dehner?

—No, todavía no.

—¿Cree que puede ser Ellen Price?

—No lo sé.

—Ya le he dicho que Ellen es muy guapa, y que tiene un cuerpo maravilloso.

—La mujer que encontramos en el bosque posee un cuerpo muy hermoso, pero no sabría decirle si es guapa, Rowena —carraspeó Stuart.

—¿De qué color tiene el pelo?

—¿El pelo?

—¿Es rubia, morena, pelirroja, castaña?

Stuart tosió embarazosamente.

—Bueno, la verdad es que...

—Ellen tiene el pelo negro.

—¿De veras?

—¿Lo tiene también negro esa mujer, teniente?

—Pues, no sabría decirle.

—¿Es que no ha visto el cadáver?

—Sí, claro que lo he visto.

—¿Y no se ha fijado en el color de su pelo?

—No pude hacerlo, Rowena.

—¿Por qué?

Stuart, tras unos segundos de vacilación, lo soltó:

—La mujer no tiene cabeza, Rowena.

* * *

Casualmente, habían llegado ya al edificio donde Rowena Bailey tenía su apartamento, así que Stuart Dehner detuvo el coche y paró el motor.

—Hemos llegado, Rowena.

La joven no respondió.

El horror la había dejado muda.

Stuart se atrevió a ponerle la mano en el hombro.

—No quería decírselo, Rowena, pero usted insistió tanto que...

La muchacha hizo un esfuerzo y consiguió balbucear:

—¿Qué..., qué pasó, teniente Dehner?

—La decapitaron, y no dejaron su cabeza donde dejaron su cuerpo, para que no podamos identificar a la víctima.

—¡Qué espanto!

Stuart le cogió el otro hombro y se los oprimió los dos con suavidad.

—Tranquilícese, Rowena. No creo que se trate de Ellen Price.

—¿Por qué?

—El cuerpo de esa mujer no ofrece señales de violación. Parece ser que la respetaron.

La mataron por otro motivo, que todavía desconocemos.

—Que no fuera violada no demuestra que no sea Ellen Price, teniente.

—Lo sé, pero...

—Quiero ver el cuerpo de esa mujer, teniente Dehner.

—¿Verlo? —respingó el policía.

—Si es Ellen Price, sabré identificarla. Aunque le falte la cabeza.

—¿Está segura, Rowena?

—Ellen tiene unas uñas preciosas. Usa, además, un esmalte rarísimo, inconfundible.

Para mí, al menos. En cuanto observe las manos de la mujer...

Stuart cerró un instante los ojos.

Rowena, extrañada, preguntó:

—¿Qué ocurre, teniente? ¿Por qué cierra los ojos?

Stuart los abrió de nuevo y dijo:

—No podrá identificar a la mujer por sus uñas, Rowena.

—¿Por qué?

—Le amputaron los extremos de los dedos de ambas manos.

CAPITULO VII

Diana Osell, además de chillar y de patalear como una loca, golpeaba con sus puños la enorme y musculosa espalda del verdugo, mientras éste descendía la escalera de caracol.

No conseguía nada, pues era como golpear el lomo de un rinoceronte.

Jerome ni se enteraba de que ella le estaba atizando con sus menudos puños, y llegó abajo tan fresco.

Sholto Goddard sonrió ampliamente al ver aparecer a su fiel y obediente verdugo, llevando a Diana Osell sobre su hombro izquierdo.

—¡Bravo, Jerome!

—¿La coloco en la guillotina, señor Goddard? —preguntó el mastodonte, con un vozarrón que ponía los pelos de punta.

—Sí.

El verdugo caminó hacia la máquina de ejecución.

—¡No! —chilló Diana, al borde del más terrible ataque de locura.

Sholto Goddard reía viendo los desesperados e inútiles esfuerzos que realizaba Diana Osell por librarse del gigantesco y poderoso Jerome.

—¡Es demasiado fuerte, Diana! ¡Cuando atrapa a alguien no hay manera de soltarse!

—¡Monstruo! ¡Canalla! ¡Asesino! —insultó la joven al malvado Sholto.

Este no se molestó y siguió riendo, divertido.

Jerome ya había alcanzado la guillotina.

Antes de bajar a Diana de su hombro, abrió el cepo que tenía como misión atrapar el cuello de las víctimas.

La muchacha vio cómo realizaba la operación, y casi tuvo un fallo cardíaco.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —gritó a pleno pulmón.

Sholto Goddard sacudió la cabeza.

—Es inútil que te desgañites pidiendo ayuda, Diana. Tu voz no puede atravesar estas paredes, nadie te oirá aunque te rompas la

garganta.

La joven lo miró con intenso odio.

—¡Bastardo! ¡Malnacido! ¡Hijo de una perra sarnosa!

Esta vez, Sholto sí se molestó.

Más aún: se enfureció.

Y se le notó, porque su rostro cambió totalmente de expresión, sustituyendo las risas burlonas por un gesto duro y amenazante, que no presagiaba nada bueno para Diana Osell.

—Conque hijo de una perra sarnosa, ¿eh? —masculló, con voz súbitamente ronca.

—¡De una, no! ¡De cincuenta perras sarnosas!

La sangre se agolpó en el rostro de Sholto.

—¡Te arrepentirás de esto, maldita! ¡Haré que te tragues tus insultos uno por uno!

—¡Hágaselos tragar a mi cabeza, después de que Jerome me la haya cortado!

—¡Te los tragarás antes, sucia ramera! ¡Cuando tu cabeza esté todavía unida a tu cuerpo y puedas sentir el terrible dolor que te cause el castigo que pienso infligirte por tener esa lengua de víbora!

—¡Al diablo con usted, loco asesino! ¡Su madre debió concebirle en un manicomio, con la colaboración del tipo más loco del sanatorio! —continuó insultándole Diana, que ya no sabía ni lo que decía, de tan aterrorizada que se hallaba.

Y es que Jerome la había bajado ya de su hombro y la había puesto de rodillas en el suelo, obligándola a colocar su cuello en el hueco de la parte inferior del cepo.

Después, el verdugo cerró el cepo y la cabeza de la muchacha quedó aprisionada.

Diana intentó sacarla, pero no pudo, claro.

El hueco era demasiado pequeño.

Como todavía tenía las manos libres Diana trató de ayudarse con ellas, pero tampoco consiguió escapar del cepo de la aterradora guillotina.

La joven maldijo a todos los franceses.

De manera especial a José Ignacio Guillotin, el médico que en el año 1789 propuso a la Asamblea Nacional, en Francia, la adopción de

aquella horrible máquina para la ejecución de los condenados a muerte.

Si el tal Guillotin se hubiera limitado a curar a sus pacientes, en vez de calentarse los sesos inventando una máquina para acabar fulminantemente con la vida de los reos condenados a la pena capital, que al ser aceptada fue bautizada con su nombre, Diana no se encontraría ahora en aquella situación tan desesperada.

O quizá sí, porque seguro que el mastodonte de Jerome sabía manejar también el hacha mejor que los verdugos de la época de Enrique VIII, y si Guillotin no hubiera inventado la guillotina, Sholto Goddard habría decidido formar su colección de cabezas de mujer a golpes de hacha.

Jerome le ató las manos a la espalda con un pedazo de cuerda, y Diana quedó totalmente indefensa.

Sholto, que era la imagen viva de la furia, porque lo de que su madre lo había concebido en un manicomio, con la colaboración del tipo más loco del sanatorio, le había sentado peor que lo de ser hijo de una perra sarnosa, se acercó a la guillotina y agarró a Diana del pelo, tirando con fuerza hacia arriba.

La joven dio un grito de dolor.

—¡Suélteme el pelo, salvaje!

—¡Te dije que te iba a hacer tragar tus insultos, zorra!

—¿Y cómo espera conseguirlo, dejándome calva a tirones?

—¡No, me interesa que conserves tu hermosa cabellera rojiza!

—¡Pues no se nota!

—¡Jerome!

—¿Sí, señor Goddard? —respondió al instante el verdugo.

—¡Quítale los zapatos a la chica!

—En seguida.

Jerome descalzó a Diana.

—¡Ahora, arráncale las bragas! —siguió ordenando Sholto.

—¡No, eso no! —chilló la muchacha.

Jerome, naturalmente, no le hizo caso a ella sino a Sholto Goddard, y le arrancó el breve pantaloncito, dejándole el trasero al aire.

Sholto, que no había soltado el pelo de Diana, ordenó:

—¡Azótale las posaderas, Jerome!

El verdugo trotó en busca de su látigo, el cual guardaba en una caja, junto con otros varios instrumentos de tortura. Lo atrapó, regresó rápidamente junto a Diana Osell y comenzó a descargarlo sobre las redondas nalgas de la joven.

Era un látigo corto, delgado, pero duro.

Se podía hacer mucho daño con él.

Especialmente si lo manejaba un hombre tan fuerte como Jerome.

La infortunada Diana chillaba y se estremecía de dolor a cada latigazo, y muy pronto sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Basta, por favor! —suplicó—. ¡Dígale a Jerome que no me azote más, Sholto!

Este sonrió vengativamente.

—¡Es demasiado pronto para eso, perra! ¡Tienes que sufrir más, mucho más! ¡Sigue azotándola, Jerome!

El verdugo continuó descargando su látigo sobre las desnudas posaderas femeninas, marcándolas cruelmente, porque el látigo arrancaba la suave piel y dejaba un surco sanguinolento.

Diana temblaba a cada latigazo, aullaba, se retorcía, imploraba el rostro bañado en lágrimas, pero el duro corazón de Sholto Goddard no se ablandaba.

El dolor era tan agudo, tan intenso y tan terrible, que la muchacha no pudo resistir por más tiempo tanto sufrimiento y se desmayó.

Sholto le soltó el pelo y dijo:

—Basta, Jerome. Se ha desvanecido.

El verdugo interrumpió el castigo.

—¿La reanimo, señor Goddard?

—No, esperaremos a que se despierte por sí misma. No tengo prisa por acabar con ella.

Ninguna prisa —respondió Sholto.

CAPITULO VIII

Rowena Bailey no se había desmayado, pero la verdad es que estaba a punto de hacerlo.

Su palidez, el temblor de sus labios y su forma de mirar así parecían anunciarlo.

Stuart Dehner, dándose cuenta de ello, le apretó los hombros y preguntó:

—¿Se siente mal, Rowena?

—Si... —respondió la joven, con un hilo de voz.

—No debí decirle lo de los dedos.

—Tenía que hacerlo, teniente.

—Será mejor que subamos a su apartamento, Rowena.

—Sí.

Stuart salió del coche, ayudó a salir a la muchacha y le pasó el brazo por la cintura, diciendo:

—La sostendré, por si acaso.

—Gracias.

—Vamos, Rowena.

Echaron a andar y entraron en el edificio.

Como Rowena Bailey seguía llevando la blusa anudada debajo de los senos, debido a la ausencia total de botones, la mano de Stuart Dehner pudo tocar la desnuda cintura de la muchacha, lo cual le produjo una agradable sensación.

Y no sólo al policía.

Rowena sintió lo mismo.

No dijo nada, pero miró a los ojos a Stuart.

Este le sonrió suavemente.

—¿Se siente mejor, Rowena?

—Sí, un poco mejor, gracias.

—Lo celebro.

No volvieron a hablar hasta que estuvieron en el apartamento de

la muchacha. Un apartamento reducido, pero bonito, porque estaba decorado con buen gusto.

Stuart llevó a la joven hacia el sofá del living.

—Siéntese, Rowena.

—Gracias por ocuparse de mí, teniente Dehner.

—Lo hago con mucho gusto, se lo aseguro. ¿Le sirvo algo de beber, Rowena?

—¿Cree que me sentará bien?

—Sí, un trago la reanimará.

—Entonces beberé un poco de whisky.

—Se lo sirvo al instante.

—Sírvase usted también, teniente.

—Gracias, pero no puedo beber. Estoy de servicio.

—Oh, no había caído en eso.

Stuart, que ya se hallaba frente al mueble de las bebidas, tomó la botella de whisky, reparó la copa y regresó con ella junto a Rowena, sentándose también en el sofá.

—Beba, Rowena.

La muchacha se llevó la copa a los labios e ingirió un sorbo de licor.

—Eso le devolverá el color, ya verá —dijo Stuart.

Rowena lo miró y dijo:

—Insisto en ver el cadáver de esa mujer, teniente Dehner.

—Se desmayaría, Rowena.

—Haré de tripas corazón y lo soportaré, teniente.

—Ya sabe que no podrá identificarla por las uñas.

—No importa. Si esa mujer es Ellen Price, la reconoceré.

—¿Seguro?

—Sí, conozco bien algunos detalles de su anatomía.

—Está bien. Si cree poder soportarlo, por la mañana vendré a recogerla y la llevaré al depósito de cadáveres —accedió Stuart—. ¿A qué hora empieza a trabajar?

—A las nueve.

—Entonces, vendré por usted a las ocho.

—Beba un poco más, Rowena.

La joven obedeció.

Stuart alzó la mano y le acarició la mejilla izquierda.

—Le está volviendo el color.

—Es una lástima que usted no pueda beber conmigo, teniente. Es un whisky de calidad —aseguró Rowena.

—Sé cómo probarlo, sin infringir el reglamento.

—¿De veras?

—Mójese los labios con él.

—¿Que me moje los labios...?

—Sí, como si fuera a beber.

Rowena lo hizo.

Cuando retiró la copa de su boca, Stuart la besó.

A Rowena casi se le cae la copa de las manos, a causa de la sorpresa.

De la sorpresa... y de lo bien que besaba el teniente Dehner.

Cuando éste retiró su boca de la de ella, que fue casi dos minutos después, sonrió y dijo:

—Tenía usted razón, Rowena. Es un excelente whisky.

La muchacha sonrió también.

—El whisky será excelente, pero usted es un fresco, teniente Dehner.

—Sólo quería probar su whisky, Rowena.

—Ya.

—¿No me cree?

—Desde luego que no. Usted quería besarme, y lo de probar mi whisky le sirvió de excusa para hacerlo.

—¿Se ha molestado?

—No, en absoluto. Es usted un hombre muy interesante, teniente Dehner. Y sabe besar, no hay duda. ¿Ha practicado mucho?

—Bastante.

—Es soltero, ¿verdad?

—Sí.

—¿No le gusta el matrimonio?

—Claro que me gusta.

—¿Y cómo es que aún no se ha casado?

—Todavía no he encontrado mi media naranja.

—Eso puede ser otra excusa, como la de probar el whisky en mis labios.

—Es la verdad, Rowena. Pero, ya que hablamos otra vez de su whisky, le diré que me encantaría paladearlo de nuevo.

—En mis labios, ¿no?

—No puedo beber en la copa, ya sabe que me lo prohíbe el reglamento.

—Qué cara.

—Para cara, y bonita, la suya, Rowena —piropeó Stuart, tomando el rostro femenino con sus manos.

—Muchas gracias.

Stuart acercó su boca a la de ella, para besarla de nuevo.

Rowena le puso la mano en el pecho, frenándolo momentáneamente.

—¿No espera a que me moje los labios con el whisky, teniente?

—No, esta vez quiero saborearlos al natural —respondió el policía, y la besó.

Rowena se deshizo de la copa, pasó sus brazos por el cuello del teniente Dehner y le devolvió el beso, que duró aún más que el anterior.

Stuart había soltado el rostro de la muchacha y sus manos apretaban ahora su desnuda cintura, con ganas de ascender hacia su firme busto, aunque no lo hicieron.

No era oportuno, teniendo en cuenta que Rowena había vivido una experiencia muy desagradable aquella noche, y acariciarle los senos, aunque fuera suave y dulcemente, podría recordarle lo sucedido en aquel solitario bosque.

Stuart lo comprendió así, y se dijo que lo mejor era despedirse ya de la muchacha.

—Tengo que irme, Rowena.

—¿Tan pronto?

—El sargento Whorf estará interrogando a los tipos, y quiero echarle una mano.

—Comprendo.

—Hasta mañana, Rowena.

—Adiós, teniente Dehner. Y gracias por todo, besos incluidos.

Stuart la besó una vez más, aunque ahora con brevedad, y abandonó el apartamento de la joven.

* * *

Diana Osell volvió en sí.

Al levantar la cabeza, no vio a Sholto Goddard.

Había abandonado el sótano.

Quien sí continuaba en él era Jerome, el siniestro verdugo.

Diana no podía verlo porque se hallaba tras ella, pero sí podía ver reflejada en el suelo su gigantesca figura.

Su incómoda postura, arrodillada en el suelo, con la cabeza aprisionada en el cepo de la guillotina y las manos atadas a la espalda, hacía que le dolieran todos los huesos del cuerpo.

Lo peor, sin embargo, era el dolor que sentía en sus flageladas posaderas, porque había recibido no menos de veinte latigazos en ellas, y las tenía en carne viva.

Al intentar moverse el dolor se agudizó y Diana no pudo reprimir un gemido de sufrimiento.

—Será mejor que no te muevas —aconsejó el verdugo, con su voz de tuba.

Diana se mordió los labios.

—Jerome...

—¿Qué quieres?

—Deje caer la cuchilla.

—¿Tienes prisa por morir?

—Es la única manera de dejar de sufrir.

—Lo siento, no puedo complacerte.

—Sholto quiere mi cabeza, ¿no?

—Así es.

—Entonces, córtemela y entréguesela.

—Te la cortaré cuando él me lo ordene, pero no antes.

—Se lo suplico, Jerome.

—No insistas, sabes que no puedo hacerlo. Insultaste al señor Goddard, y él quiere vengarse. Fue un error, porque ahora no tiene prisa por decapitarte. Si no le hubieras dicho todo aquello ya habría acabado todo. Y sin latigazos.

—¿Qué más piensan hacerme, antes de decapitarme?

—No lo sé. El señor Goddard lo decidirá, cuando regrese. Mientras tanto...

Diana respingó ligeramente al sentir las manazas del verdugo en sus muslos.

—¿Qué está haciendo?

—Tocarte.

—¡No sea cerdo, Jerome!

El verdugo rió.

—Ya te he tocado cuando estabas desvanecida, ¿sabes?

—¡Puerco!

—Me gustaría poseerte, pero no puedo hacerlo sin la autorización del señor Goddard.

Diana tembló, sólo de pensarlo.

¡Ser poseída por el mastodonte de Jerome sería la más terrible de las torturas!

—¿Violó usted a las otras mujeres, Jerome? —preguntó, realmente aterrada.

—A algunas.

—¿Y Sholto?

—A todas.

—Dios mío... —gimió Diana.

Jerome rió de nuevo.

—No te asustes, el señor Goddard hace el amor con mucha

delicadeza. Yo soy mucho más brusco, lo reconozco. Lo comprobarás si el señor Goddard me deja poseerte.

Diana sintió las enormes manos del verdugo en sus pechos.

—¡Deje de manosearme, asqueroso!

—¿No te gusta que te acaricien?

—¡Energúmenos como usted, no!

—¿Y cómo piensas evitarlo?

—¡Bestia repugnante!

Jerome iba a decir algo pero se interrumpió al ver aparecer a Sholto Goddard y se apresuró a retirar las manos del cuerpo desnudo de Diana Osell.

—La chica ha vuelto en sí, señor Goddard —informó.

—Ya lo veo, Jerome. Y me alegro, porque así podemos reanudar el castigo —sonrió

Sholto.

CAPITULO IX

A Diana Osell se le escapó un gemido.

—No, por favor —suplicó.

—¿Qué es lo que pides por favor, zorra? —preguntó Sholto Goddard, acercándose.

—No quiero que me haga sufrir más, Sholto.

—Me insultaste gravemente, Diana.

—No sabía lo que decía, me hallaba dominada por el pánico, totalmente histérica... Le ruego que me perdone, Sholto, y que le ordene a Jerome que haga funcionar la guillotina.

—¿Por qué tanta prisa?

—Deseo que esto acabe cuanto antes. Sé que voy a morir, que no tengo salvación posible, y quiero que esta horrible pesadilla termine.

—Unos cuantos latigazos no me parecen suficiente castigo, así que Jerome te va a hacer sufrir un poco más.

—¡No, por Dios! ¡Que me corte la cabeza de una vez! —pidió Diana, con desesperación.

Sholto desoyó la súplica de la muchacha e indicó:

—Trabájale un poco los pies, Jerome.

El verdugo, obediente, agarró la pierna derecha de

Diana, la levantó, y empezó a retorcerle los dedos del pie.

Los chillidos de la joven resonaron en el sótano.

El dolor era tan espantoso que pensaba que el bestia de Jerome le estaba rompiendo los dedos uno por uno.

Sholto la cogió del cabello, con suavidad en esta ocasión, y preguntó con cínica sonrisa:

—¿Verdad que te arrepientes de haberme insultado, preciosa?

Diana no pudo contenerse y rugió:

—¡Sádico! ¡Demente! ¡Desequilibrado! ¡Es usted el mayor loco de todo Boston!

Sholto la miró de forma amenazante.

—¿Es que quieres que tu sufrimiento dure toda la noche, encanto?

Diana no pudo responder, porque estaba chillando de nuevo desgarradoramente.

Jerome le había cogido la otra pierna y le estaba retorciendo los dedos de forma despiadada.

Cuando comprendió que la joven ya no podía más y que se hallaba al borde de un nuevo desvanecimiento, Sholto dijo:

—Basta, Jerome.

El verdugo soltó la pierna izquierda de Diana.

La desgraciada lloraba a lágrima viva, y aunque la tortura de sus pies había terminado no dejó de gemir y de convulsionarse, porque el dolor persistía.

—¿No volverás a insultarme, verdad, preciosa? —preguntó Sholto.

Diana sintió deseos de escupirle en la cara, pero se contuvo, porque no quería sufrir más torturas.

—No —respondió, quedamente.

—Así me gusta —sonrió Sholto, y le soltó el pelo. Después, hizo una muda indicación al verdugo. Jerome entendió y abandonó el sótano.

Al ver que el verdugo se ausentaba, Diana adivinó que Sholto se disponía a violarla.

Y, desgraciadamente, no se equivocó.

* * *

Todo había terminado ya.

Diana Osell no había emitido la más leve protesta, ni antes de ser poseída por el cerdo de Sholto Goddard, ni durante el acto, ni al término de él.

Estuvo a punto de llamarle de todo cuando adivinó sus intenciones, pero el temor de verse dolorosamente torturada de nuevo la frenó, y aceptó resignada su suerte.

Ser violada por Sholto Goddard era el mal menor.

El mal mayor se llamaba Jerome.

El verdugo no la poseería con delicadeza, ya se lo había advertido.

Era otra de las razones de que Diana se hubiera dejado poseer sumisamente por Sholto, porque pensaba pedirle que no autorizara a Jerome a hacer lo propio con ella.

De la guillotina ya no podía librarse, pero del verdugo aún tenía alguna posibilidad.

Sholto se colocó delante de ella, le cogió suavemente la barbilla, y preguntó:

—Te ha gustado, ¿verdad?

Diana volvió a sentir deseos de escupirle, pero lo disimuló y dijo:

—Jerome también quiere poseerme.

—¿De veras?

—No lo permita, Sholto.

—¿No te gustaría que él...?

—No, prefiero que sea usted el último hombre que me haya poseído antes de abandonar este mundo. Será mucho más agradable para mí.

—Está bien, te complaceré.

—¿Me lo promete, Sholto?

—Sí, Jerome no te tocará, no te preocupes.

—Gracias.

—¿Sabes que ahora lamento haber tenido que ordenarle a Jerome que te azotara y te retorciera los dedos de los pies?

—Ya no tiene remedio.

—Si no me hubieras dicho todo aquello...

—Acabe conmigo ya, Sholto.

—Sí, en cuanto vuelva Jerome.

* * *

El verdugo apareció a los pocos minutos.

Sholto Goddard ordenó:

—Cumple con tu obligación, Jerome.

El encapuchado se llevó una desilusión, pues con aquellas palabras Sholto le daba claramente a entender que no le permitía violar a la víctima.

A pesar de ello, Jerome no protestó.

Se había acostumbrado ya a que Sholto no le permitiera poseer a la mayoría de las mujeres que le ordenaba decapitar.

Jerome cogió la cesta que debía recoger la cabeza de Diana Osell, cuando la guillotina funcionara, y la puso delante de la siniestra máquina de ejecución.

Diana se puso a temblar al ver la cesta debajo de su cabeza.

Tenía ganas de que aquello acabara, pero ahora que veía que su fin estaba tan próximo volvía a sentirse presa del más infinito terror.

Jerome le echó todo el cabello hacia adelante, para que la cuchilla no estropeara su precioso pelo.

—Adiós, Diana —dijo Sholto—. Tú te vas de este mundo, pero tu cabeza figurará para siempre en mi colección.

La joven, víctima de un ataque de histeria, chilló:

—¡Nooooooo...!

Sholto hizo una rápida indicación a su verdugo, y éste hizo funcionar la guillotina.

La cabeza de Diana Osell, limpiamente cortada por la enorme cuchilla, cayó en la cesta.

Sholto Goddard lanzó un profundo suspiro e indicó:

—Haz desaparecer el cuerpo, Jerome. Y no olvides amputarle los extremos de los dedos de las manos, por si alguien descubriese el cadáver. A un muerto también se le pueden tomar las huellas dactilares.

—Descuide, señor Goddard.

El verdugo se ocupó del cuerpo de Diana Osell, y Sholto se puso a trabajar con la cabeza de la infortunada muchacha.

CAPITULO X

El interrogatorio de Tex, Dino, Rock y Bill, los secuestradores de Rowena Bailey, había terminado, confirmándose que ellos no habían tenido nada que ver en la muerte de la mujer cuyo cadáver apareciera en el solitario bosque, completamente desnudo y sin cabeza, y con los extremos de los dedos de las manos amputados.

En cuanto a Rowena Bailey, los tipos negaron que tuvieran intención de matarla. Sólo querían divertirse con ella, y la hubieran dejado abandonada en aquel bosque después de violarla, amenazándola con asesinarla si denunciaba el hecho a la policía.

Quizá fuera cierto, aunque el teniente Dehner y el sargento Whorf no estaban muy seguros de ello, después de haber sido atacados por los tipos con navajas, cuando salieron en defensa de Rowena Bailey.

En cualquier caso, Tex y sus compañeros se iban a pasar una larga temporada entre rejas, por lo que Stuart y Buck se dieron por satisfechos.

Tras el interrogatorio de los tipos, Dehner le habló a Whorf de Ellen Price, la compañera de trabajo de Rowena Bailey, y del temor de ésta, de que la mujer decapitada pudiera ser Ellen.

—¿Usted qué opina, teniente? —preguntó Whorf.

—Cabe en lo posible, sargento. Ellen Price hace dos días que no aparece por su oficina, y la mujer decapitada no parece llevar más de dos días muerta. Ambas eran jóvenes y poseían un cuerpo hermoso. Ellen es morena, y creo que la víctima también lo era, porque las aureolas de sus pezones son oscuras y el vello de su pubis muy negro.

Después, está lo de la amputación de los extremos de los dedos de sus manos. Yo, como ya sabe, pensé que se los habían amputado para evitar que pudiéramos sacar las huellas dactilares de la víctima, pero también es posible que lo hicieran porque Ellen Price tenía unas uñas preciosas y se las pintaba con un esmalte rarísimo, según afirma Rowena

Bailey. Y eso, qué duda cabe, nos hubiera podido servir de pista para descubrir la identidad de la víctima.

—Es cierto, teniente —asintió Whorf—. Sin embargo, no era necesario amputarle los extremos de los dedos. Con cortarle sus preciosas uñas, y quitarle el esmalte con un algodón empapado en

acetona, hubiera bastado.

—Sí, eso es verdad —tuvo que admitir Dehner—. En fin, veremos qué dice Rowena mañana, cuando examine el cuerpo de la mujer.

—Le apuesto lo que quiera a que se nos cae en redondo, a causa de la impresión —profetizó Whorf.

—Es posible que ocurra, sargento —suspiró Dehner.

* * *

Por la mañana, a las ocho en punto, Stuart Dehner se personó en el apartamento de

Rowena Bailey, acompañado del sargento Whorf.

La muchacha ya estaba lista.

Se había puesto un pantalón color hueso, muy ceñido, y una blusa de tirantes que ceñía también su atractivo busto, totalmente libre bajo la prenda. Cogió su bolso, se lo colgó del hombro, y dijo:

—Podemos irnos, teniente Dehner.

—Vamos —sonrió levemente Stuart.

Mientras descendían las escaleras, el policía preguntó:

—¿Cómo ha pasado la noche, Rowena?

—He dormido poco y mal.

—Es comprensible —opinó el sargento Whorf—. Entre lo que ocurrió en aquel bosque y la posibilidad de que la mujer decapitada pueda ser Ellen Price, su compañera de trabajo...

—Ojalá no lo sea, sargento —deseó la joven.

—Esperemos que no —dijo Stuart.

Llegaron abajo, salieron a la calle y se introdujeron en el coche del teniente Dehner, quien se sentó atrás junto con Rowena Bailey, dejando que el sargento Whorf se hiciera cargo del volante.

Durante el trayecto, Stuart informó a Rowena de que los tipos que la asaltaron a ella no tenían nada que ver en la muerte de la mujer decapitada, tal como el sargento Whorf y él pensaban.

Ello tranquilizó un tanto a Rowena Bailey, aunque no consiguió desechar totalmente el temor de que la mujer decapitada fuese Ellen Price.

Algunos minutos después entraban en el depósito de cadáveres.

El empleado los acompañó a la habitación correspondiente y tiró del cajón que contenía el cadáver de la mujer decapitada. Se disponía a retirar la sábana, cuando Stuart le cogió el brazo y dijo:

—Yo lo haré.

—Como quiera, teniente.

—Le llamaremos cuando hayamos acabado.

—Muy bien.

El empleado salió de la habitación.

Stuart miró a Rowena.

La encontró muy nerviosa.

Y un tanto pálida, también.

—Sargento Whorf... —dijo Stuart.

Buck entendió y se colocó detrás de la muchacha, para sostenerla si se desmayaba de la impresión.

—¿Está preparada, Rowena? —preguntó Stuart.

—Sí, teniente —respondió la joven, en tono quedo.

—La descubriré poco a poco, para que la impresión no sea tan fuerte.

--Mejor.

Stuart descubrió primeramente las piernas de la mujer, largas y torneadas, magnificas.

—¿Le parecen las piernas de Ellen Price, Rowena?

La muchacha se fijó atentamente en ellas, desde su nacimiento hasta las puntas de los pies.

—Podrían ser las de ella, sí.

Stuart levantó un poco más la sábana, descubriendo las caderas de la mujer, su vientre, su pubis... También, naturalmente, quedaron visibles sus manos, con las falangetas horriblemente amputadas.

La impresión, terrible, hizo que Rowena Bailey se tambaleara, dando la sensación de que sus piernas se negaban a sostenerla.

El sargento Whorf la cogió por la cintura.

—Valor, Rowena —dijo.

—Respire hondo un par de veces —aconsejó Stuart—. Se sentirá mejor.

Rowena lo hizo así y su estado, efectivamente, pareció mejorar.

Evitó mirar de nuevo las mutiladas manos de la mujer, fijándose únicamente en la forma de sus caderas, en su liso vientre, en el negro vello que poblaba su región pubiana...

—Todo me recuerda a Ellen, teniente Dehner— murmuró.

—Observe ahora su busto —rogó Stuart, descubriendo los pechos de la mujer, redondos y hermosas, con aquella particularidad erótica que suponía el tono oscuro de las aureolas de los pezones, y que ahora aún se acentuaba más debido a la lógica palidez del cuerpo de la muerta.

Rowena estudió los bellos senos de la mujer, descubriendo el pequeño lunar que tenía en el pecho izquierdo, un poco más arriba y a la derecha del moreno pezón.

Al instante, los ojos se le inundaron de lágrimas.

—¡Dios mío, no! —exclamó, cubriéndose el rostro con las manos.

El teniente Dehner cambió una mirada con el sargento Whorf, cuyas fuertes manos seguían aprisionando la delgada cintura de la muchacha.

—¿Es Ellen Price, Rowena? —preguntó Stuart.

—¡Sí!

—¿Está segura?

—¡Es su busto! ¡Tiene el lunar!

Dehner y Whorf se fijaron también en el pequeño lunar que adornaba el seno izquierdo de la mujer.

—¿Lo tenía Ellen, Rowena? —preguntó el primero.

—¡Sí!

Stuart cubrió nuevamente el cadáver de la mujer con la sábana y dijo:

—Lo siento, Rowena.

* * *

Habían abandonado ya el depósito de cadáveres, y estaban de

nuevo en el coche del teniente Dehner, quien sugirió:

—¿Quiere que la llevemos a casa, Rowena?

—No, debo ir a la oficina.

—¿De verdad se encuentra con ánimos de trabajar? —preguntó el sargento Whorf.

—Sí, creo que puedo hacerlo.

—Está bien —dijo Stuart—, Ponga el coche en marcha, sargento.

Whorf accionó el contacto y el vehículo arrancó.

Por el camino, Stuart le pidió a Rowena que le hablara de Ellen Price, que le contara todo lo que supiera de ella.

La muchacha lo hizo así, dejando escapar de vez en cuando alguna lágrima, porque ella había sentido un gran afecto por la infortunada Ellen y le apenaba profundamente su muerte.

Y, más aún, la forma en que había muerto.

Brutalmente decapitada.

Y encima le habían amputado los extremos de los dedos de las manos. Rowena no lograba explicarse lo uno ni lo otro.

—Le prometo que lo averiguaremos, Rowena —dijo Stuart—. Conociendo la identidad de la víctima, no será tan difícil descubrir al autor o los autores del monstruoso crimen.

Investigaremos y sabremos los pasos que dio la noche en que fue asesinada. Averiguaremos con quién salió, adónde fue, qué hizo. Y atraparemos al responsable o responsables de su muerte.

—Desde luego que los atraparemos —habló el sargento Whorf.

—Gracias a los dos —respondió Rowena, y se despidió de ellos, porque ya habían llegado a la oficina en donde ella trabajaba.

Stuart y Buck la siguieron con los ojos.

—Una gran chica, ¿verdad, teniente? —comentó Whorf.

—Si, Rowena es encantadora, sargento.

—Cuánto me alegro de que fuéramos anoche a rastrear aquel bosque. A pesar de que casi pisé una... Bueno, ya sabe a lo que me refiero.

Stuart rió e indicó:

—Vámonos, sargento. Tenemos muchas cosas que hacer.

—A la orden —rió también Whorf, y puso en marcha el coche.

CAPITULO XI

Stuart Dehner y Buck Whorf se dirigieron primeramente al apartamento de Ellen Price, el cual inspeccionaron concienzudamente, aunque, no encontraron nada que les pudiera servir de pista para llegar hasta el asesino o los asesinos de la muchacha.

Si encontraron, en cambio, varias fotografías de Ellen, lo que les permitió conocer su cara y comprobar que Rowena Bailey no había exagerado al hablar de la belleza del rostro de Ellen Price.

Pelo negro y brillante, unos preciosos ojos verdes, boca realmente tentadora...

—Por una mujer así se puede perder la cabeza, sargento —comentó Stuart.

—Lo malo es que la cabeza la perdió ella, teniente.

Y aún no la hemos encontrado —recordó Whorf.

Dehner sonrió levemente.

—No haga chistes macabros, sargento.

—No era ésa mi intención, teniente —tosió Buck.

—Está bien, vámonos. Estas fotos nos ayudarán a seguir los pasos que dio Ellen Price la noche en que fue asesinada.

—Seguro.

—De momento, sin embargo, vamos a volver al depósito. El forense se disponía a practicarle la autopsia a Ellen Price, y me interesa conocer los resultados.

—A mí también —repuso Whorf.

* * *

El forense, efectivamente, le había practicado ya la autopsia a Ellen Price, pero aún no había podido hacer el informe correspondiente, por lo que el teniente Dehner y el sargento Whorf decidieron hablar con él personalmente.

—¿Puede adelantarnos algo, doctor? —preguntó Stuart.

—¿Qué quieren saber?

—Para empezar, el tiempo que lleva muerta la chica.

—Unas sesenta horas, aproximadamente.

—Es decir, dos días y medio.

—Exacto.

—Justo lo que nosotros pensábamos —habló el sargento Whorf.

Stuart preguntó:

—¿Fue forzada, doctor?

—No podría asegurarlo, porque no tiene lesiones internas ni señales exteriores que demuestren que fue poseída por la fuerza bruta. Sin embargo, es evidente que hizo el amor poco antes de que la mataran. Eso sí lo puedo afirmar, porque las pruebas son muy claras.

—¿Quiere decir que se dejó poseer voluntariamente? —inquirió Whorf, extrañado.

—No ofreció resistencia, desde luego. Porque no quiso, o porque no podía ofrecerla. En cualquier caso, el hombre la poseyó con delicadeza y no le causó el menor daño.

Dehner y Whorf intercambiaron una mirada.

Después, el primero preguntó:

—¿Con qué cree que la decapitaron, doctor?

—Con una guillotina.

Los dos policías respingaron a dúo.

—¿Con una guillotina, dice? —exclamó el sargento Whorf.

El forense asintió con la cabeza.

—Sólo la enorme cuchilla de una guillotina podría cortar una cabeza de una forma tan limpia. Con un hacha, por grande que fuera, no se podría conseguir. Y mucho menos con un cuchillo. Por eso afirmo que la decapitaron en una guillotina. Comprendo que les parezca raro, porque también a mí me lo parece, pero ésa es la realidad. Alguien en Boston posee una guillotina. Y con ella le cortó la cabeza a esa pobre chica, después de hacerle el amor.

* * *

Stuart Dehner y Buck Whorf habían abandonado ya el depósito de cadáveres, pero ambos seguían perplejos. Todavía no habían puesto el coche en marcha, y Stuart, sentado al volante, murmuró:

—Una guillotina...

—¿Quién diablos puede tener una guillotina en Boston, teniente?

—No tengo la menor idea, sargento. Pero tendremos que averiguarlo si queremos dar con el asesino de Ellen Price.

—Le hizo el amor y luego la decapitó. ¿Usted lo entiende?

—Debe tratarse de un loco. Un loco al que Ellen conoció casualmente esa noche. El tipo la llevó a su casa, y una vez allí...

—Sólo de pensarlo se me eriza el vello.

—Tenemos que dar con ese fanático de la guillotina, porque es posible que no la haya usado sólo con Ellen Price.

—¿Piensa que...? —se estremeció Whorf.

—Ojalá me equivoque, pero si le ha tomado gusto al manejo de esa siniestra máquina de ejecución pueden ser varias las personas decapitadas por él.

—¡Sería espantoso!

Stuart puso el motor de su coche en marcha.

—Tenemos que movernos, sargento. El loco de Boston puede estar planeando ya una nueva ejecución.

* * *

El teniente Dehner y el sargento Whorf dedicaron el resto del día a visitar los museos y las casas de antigüedades, confiando en que alguien pudiese hablarles de una guillotina.

Porque, evidentemente, el asesino de Ellen Price tenía que haber conseguido su guillotina en algún sitio, y ésos parecían los más indicados.

Cabía también la posibilidad de que el tipo hubiese adquirido su horrible máquina de ejecución en otra ciudad que no fuera Boston. Incluso podía haberla conseguido en el extranjero.

De ser así, naturalmente, la investigación se complicaría enormemente, porque si no averiguaban dónde había comprado el asesino su guillotina difícilmente podrían saber el nombre del tipo que la tenía en su poder.

Lamentablemente, en los museos y en las casas de antigüedades de Boston no pudieron darles la información que precisaban, pues no

habían tenido nunca una guillotina, ni tenían noticias de que alguien en Boston tuviera una.

Desanimados, al llegar la noche interrumpieron la investigación, aunque pensaban reanudarla al día siguiente con muchas ganas, conscientes de lo peligroso que era que el asesino de Ellen Price continuara en libertad... y en disposición de hacer funcionar de nuevo su siniestra guillotina.

Stuart Dehner fue a ver a Rowena Bailey, para ponerla al corriente de todo.

Bueno, para eso, y porque deseaba verla de nuevo.

A la muchacha le alegró mucho su visita, y lo demostró poniéndose de puntillas y acercándole el rostro, para que él pudiera besarla.

—Acabo de mojarme los labios con whisky —dijo, con picara expresión.

—Qué bien —sonrió Stuart y la besó, al tiempo que la rodeaba con sus brazos y la estrechaba contra su pecho, percibiendo el calor y la dureza de los senos de Rowena.

Después, se miraron a los ojos.

—Lo del whisky no era cierto, teniente —confesó la joven.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Desilusionado?

—Todo lo contrario. Tu whisky es muy bueno, pero el sabor natural de tus labios es aún mejor.

—Muchas gracias.

—No te importa que te tutee, ¿verdad?

—Lo prefiero.

—Tú puedes tutearme también.

—¿Tutear yo a todo un teniente de policía? ¡Jamás me atrevería!

—¿Ni aunque yo te lo pida?

Rowena movió graciosamente la cabeza.

—Lo más que puedo hacer, es llamarle por su nombre.

—Bueno, algo es algo —sonrió Dehner, y la besó de nuevo.

Luego, Rowena le cogió del brazo e indicó:

—Pasemos al living. Stuart. Estoy deseando saber cómo marcha la investigación.

Sentados ya en el sofá, Dehner puso al corriente a la muchacha.

Cuando oyó que Ellen Price había sido decapitada en una guillotina, Rowena Bailey tuvo un claro estremecimiento. Y volvió a estremecerse cuando Stuart añadió que tal vez

Ellen no fuera la única víctima del loco de Boston.

—Es horrible, Stuart —musitó.

—Te cuento todo esto para prevenirte, Rowena.

—¿Prevenirme?

—Ellen trabajaba en la misma oficina que tú y no creo que el asesino la abordara por casualidad. Pienso que ya la conocía, aunque ella no le conociese a él. Quiero decir que debía llevar algún tiempo siguiendo sus movimientos, para saber cuándo, cómo y dónde debía abordarla. Y si el tipo conocía a Ellen también debe conocerte a ti, puesto que salíais juntas de la oficina.

Rowena Baile tuvo una rápida contracción general, provocada por el pánico.

—¿Insinúa que puede ocurrirme lo mismo que a Ellen, Stuart? —exclamó, con ojos dilatados.

Dehner la abrazó.

—Puede, pero no te ocurrirá porque contarás con mi protección —garantizó.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra —respondió Stuart, quien seguidamente le dio también un largo y apretado beso.

CAPITULO XII

Por la mañana, temprano, Stuart Dehner y Buck Whorf reanudaron la investigación, que no interrumpieron hasta minutos antes de la hora en que Rowena Bailey terminaba su jornada laboral.

Para entonces el coche de Stuart ya se encontraba estacionado en la calle, a una cierta distancia del edificio en donde trabajaba la muchacha.

Vieron salir a Rowena, acompañada de las otras mecanógrafas.

Las chicas se dispersaron, tomando cada cual su camino.

Rowena con disimulo, trató de localizar el coche del teniente Dehner, pues sabía que éste y el sargento Whorf estaban esperando a que ella saliera de su oficina.

No vio el coche y eso la puso nerviosa, aunque trató de tranquilizarse diciéndose que el vehículo debía hallarse prudentemente distanciado, por razones obvias.

Rowena confiaba plenamente en Stuart, y sabía que él cumpliría su palabra dándole la protección que necesitaba.

Dehner había puesto su coche en movimiento, pero llevaba una marcha muy lenta para no acercarse demasiado a la muchacha.

—¿Y si el asesino sigue a alguna de las otras mecanógrafas? —preguntó Whorf.

—De seguir a alguna seguirá a Rowena, porque es la más bonita y la que mejor tipo tiene. ¿Por qué, si no, escogió a Ellen Price?

—También es posible que no siga a ninguna, incluida Rowena.

—Si no la sigue hoy, la seguirá otro día.

—¿Es una corazonada, teniente?

—Puede llamarlo como quiera, sargento. El caso es que no perdemos nada acompañando a Rowena hasta su casa, y en cambio podemos ganar mucho si el asesino decide abordarla.

—Tiene razón.

Rowena Bailey seguía caminando por la acera, esforzándose por disimular su nerviosismo.

De pronto tropezó con alguien.

—¡Oh! —exclamó, agarrándose instintivamente al hombre, un

cuarentón fuerte, apuesto, elegante, de aspecto alegre.

El tipo la sujetó por la cintura.

—Le ruego que me disculpe, señorita. Iba distraído y...

—Era yo la que iba distraída, caballero. Lo siento.

—¿Se ha hecho daño?

—No, ha sido un encontronazo sin importancia.

El distinguido personaje sonrió agradablemente y se presentó: —Me llamo Sholto Goddard. ¿Y usted, señorita?

—Rowena Bailey.

—Celebro conocerla, Rowena. Aunque lamento, naturalmente, que nuestro encuentro haya sido un poco brusco.

—Yo también —repuso la joven, sonriendo.

—¿Se dirige usted a su casa, Rowena?

—Sí.

—¿Me permite que la lleve en mi coche? Lo tengo aparcado muy cerca de aquí.

Rowena Bailey vaciló.

Se estaba preguntando si el elegante Sholto Goddard sería el asesino de Ellen Price. Le parecía que no, pero como el teniente Dehner le había indicado que ofreciera toda clase de facilidades si se veía abordada por alguien, respondió:

—Si no supone ninguna molestia para usted...

—¡En absoluto! Será un placer acompañarla, Rowena.

—Gracias, señor Goddard.

Sholto la cogió suavemente del brazo y la llevó hacia su coche, un precioso «Cadillac» color coñac.

—Vamos, Rowena.

Entraron en el coche y Sholto lo puso en marcha.

Rowena se sentía ahora un poco más tranquila.

Había visto el coche del teniente Dehner parado no lejos de allí.

Stuart, en efecto, había detenido su coche al ver que Rowena tropezaba con un tipo.

Le pareció, además, que el individuo tropezaba deliberadamente

con la muchacha, lo que le hizo decir:

—Creo que ya lo tenemos, sargento.

—¿Ese tipo tan elegante? —exclamó Whorf.

—Sí, es nuestro hombre.

—Me parece que se equivoca, teniente. Ese tipo tiene aspecto de ricachón, no de loco.

—Ha chocado intencionadamente con Rowena.

—¿Está seguro?

—Sí, el tipo quería abordarla. Verá como intenta llevarse a Rowena, sargento.

Whorf, al ver que el sujeto elegante cogía el brazo de la muchacha y se introducían en un lujoso «Cadillac», no tuvo más remedio que admitir:

—Tenía usted razón, teniente. Es el loco de Boston.

* * *

El «Cadillac» de Sholto Goddard continuaba rodando majestuosamente por las calles de Boston, seguido a prudente distancia por el coche del teniente Dehner.

—¿Y dice que es mecanógrafa, Rowena?

—Así es —respondió la joven, más pendiente del espejo retrovisor que de ninguna otra cosa.

—Tiene usted los dedos finos y ágiles. Seguro que es una mecanógrafa muy rápida.

—Bastante, sí.

—¿Tiene prisa por llegar a casa, Rowena?

—¿Por qué lo pregunta?

—Me agradaría invitarla a tomar una copa.

—¿Dónde?

—En mi casa, le gustará, es muy bonita.

—¿Vive lejos, señor Goddard?

—Oh, no, estamos sólo a unos minutos de mi casa.

—En ese caso, acepto encantada.

—Magnífico —sonrió Sholto, con amplitud.

* * *

En efecto, tan sólo unos minutos después Sholto Goddard detenía el «Cadillac» frente a su casa.

—Bien, hemos llegado, Rowena.

—Qué casa tan preciosa, señor Goddard —dijo la joven.

—Sabía que te gustaría. Puedo tutearte, ¿verdad?

—Desde luego.

—Salgamos, Rowena.

Descendieron los dos del «Cadillac» y entraron en la hermosa casa, cuya puerta abrió Sholto con Su llave.

—¡Qué vestíbulo tan fantástico! —exclamó Rowena, que representaba muy bien su papel, porque sabía que el teniente Dehner y el sargento Whorf los habían seguido hasta allí, y eso le daba confianza y seguridad.

—Rowena... —pronunció Sholto, en tono suave.

La muchacha se volvió.

—¿Sí, señor Goddard?

El puño de Sholto ascendió veloz y se estrelló con fuerza en el mentón de Rowena Bailey.

La joven puso los ojos en blanco y se desplomó, quedando tirada en el brillante suelo del vestíbulo.

—¡Jerome! —rugió Sholto.

El verdugo se dejó ver al instante, con el negro capuchón colocado.

—¿Qué ocurre, señor Goddard?

—¡Me ha seguido un coche!

CAPITULO XIII

Stuart Dehner había detenido su coche a unos treinta metros de la casa de Sholto Goddard.

—Vamos, sargento —indicó, saliendo del vehículo.

Buck Whorf se apeó también.

Con paso rápido, se acercaron a la casa de Sholto.

—Abra, sargento —ordenó Stuart—. Y sin ruido.

—Descuide.

Utilizando su ganzúa, Whorf abrió la puerta.

Y en silencio, como quería Dehner.

Fue éste quien empujó la puerta suavemente, aunque apenas un palmo.

Echó una ojeada al vestíbulo, y al no ver a nadie, dijo:

—Entremos, sargento.

Se colaron los dos en la casa y Whorf cerró la puerta, sin causar el menor ruido. Después caminaron hacia el fondo del vestíbulo, ahogando sus pisadas.

Ignoraban, claro, que Sholto Goddard se había dado cuenta de que un coche les seguía y les había preparado un recibimiento muy especial, que el gigantesco Jerome se encargaría de dispensarles.

El verdugo se había ocultado tras una cortina.

Por desgracia, Dehner y Whorf no lo descubrieron,

y cuando pasaron por delante de la cortina, el mastodonte les atacó por sorpresa.

El primer golpe fue para el sargento Whorf.

Más que un golpe fue un mazazo.

En toda la nuca.

Whorf emitió un débil gemido y se derrumbó en el acto.

Dehner quiso reaccionar, pero el otro puño de Jerome cayó sobre su cabeza.

Fue otro mazazo tremendo que el policía no tuvo tiempo de esquivar, y también él se desmoronó, inconsciente.

Sholto Goddard se dejó ver, jubiloso.

—¡Magnífico, Jerome!

—Gracias, señor Goddard —sonrió el verdugo, orgulloso de su poderío físico y de su eficacia.

—¡Quítales la ropa y bájalos al sótano! ¡Verás qué sorpresa tan desagradable se llevan al despertar!

* * *

Jerome arrojó medio cubo de agua sobre la cara de Stuart Dehner y el otro medio sobre la cara de Buck Whorf, lo cual los hizo volver en sí a ambos.

Se encontraron tirados en el suelo, con las manos atadas a la espalda y prácticamente desnudos, pues únicamente conservaban sus respectivos slips.

En quien primero se fijaron fue en el impresionante verdugo.

Después en la siniestra guillotina, presta a funcionar.

Y si funcionaba la cabeza de Rowena Bailey rodaría por los suelos, porque se hallaba atrapada en el cepo de la horrible máquina de ejecución.

Jerome la había puesto allí, después de quitarle la ropa y atarle las manos a la espalda, como a los policías. La única prenda que conservaba la muchacha era el breve pantaloncito blanco, de nylon, que protegía lo más íntimo de su persona.

Rowena también se hallaba consciente.

El propio Sholto Goddard la había ayudado a recobrar el conocimiento, aplicándole un algodón empapado de amoniaco en los orificios nasales.

La joven estaba pálida.

Temblorosa.

Desencajada...

Había visto algunas de las cabezas de la colección de Sholto Goddard, entre ellas, la de Ellen Price, su infortunada compañera de trabajo.

La cabeza de Diana Osell, la última víctima del loco de Boston, también figuraba ya en la macabra colección.

El terror de Rowena Bailey, pues, estaba plenamente justificado.

No podía ver su cuerpo, pero adivinaba que se lo habían quitado

todo menos su prenda más íntima.

Y esa prenda desaparecería también, cuando Sholto decidiese violarla.

Ya le había anunciado que pensaba hacerlo.

Y que su cabeza formaría parte de su colección.

Rowena se decía que nada ni nadie podría evitarlo, puesto que el teniente Dehner y el sargento Whorf también habían sido atrapados, y se hallaban tan indefensos como ella.

Y habían sido atrapados por su culpa.

Sholto se había dado cuenta de que un coche los seguía porque ella miró demasiadas veces el espejo retrovisor, y adivinó al instante que le habían tendido una trampa.

Ahora, Sholto sabía toda la verdad.

Había obligado a Rowena a contársela, amenazándola con ordenar a Jerome que la torturase si ella se negaba a hablar.

Y la joven, claro, se lo contó todo.

Stuart Dehner y Buck Whorf se fijaron también en la colección de cabezas de Sholto Goddard, descubriendo la cabeza de Ellen Price y empezaron a comprender muchas cosas.

Ahora estaban los dos sentados en el suelo, porque habían incorporado sus respectivos torsos desnudos.

El loco de Boston se acercó a ellos, sonriente.

—Me llamo Sholto Goddard.

—Es un placer —respondió Stuart irónico.

—Inmenso —añadió Buck en el mismo tono.

Sholto rió.

—Vaya, veo que me encuentro ante dos policías con sentido del humor.

—¿Nos librará eso de la guillotina?

—Me temo que no, teniente Dehner.

—Lo suponía.

—¿Dónde consiguió la guillotina, Goddard? —preguntó el sargento Whorf.

—En Europa.

—Si que fue lejos por ella.

—Me hacía mucha falta para formar mi colección de cabezas de mujer.

—Le recuerdo que nosotros somos varones, Goddard —carraspeó Dehner.

Sholto rió de nuevo y explicó: —Sus cabezas no pienso incluirlas en mi colección, teniente.

—¿Qué va a hacer con ellas, pues?

—Se las regalaré a Jerome, mi fiel verdugo, para que las utilice como pisapapeles.

—Está usted como una cabra, Goddard —opinó Buck.

Sholto endureció el gesto.

—Cuidado con lo que dice, sargento Whorf. Puedo ordenarle a Jerome que lo «trabaje» un poco antes de cortarle la cabeza.

Buck miró al verdugo de forma desafiante.

—¿Por qué no intenta «trabajarme», pero soltándome antes las manos? Vería que sorpresa se llevaba su fiel verdugo.

—Jerome le haría pedazos, sargento —advirtió Sholto—, Tiene la fuerza de un elefante.

—Deme la oportunidad de comprobarlo, Goddard.

—¿Insiste en pelear con Jerome?

—Desde luego.

Sholto sonrió.

—Está bien, adelante —accedió.

Whorf se puso en pie y le ofreció las manos.

—Desáteme, Goddard.

—De eso nada, sargento.

—No puedo pelear con las manos atadas.

—Utilice las piernas, la cabeza, los hombros...

Buck apretó las mandíbulas.

—Teme que pueda vencer a su verdugo, ¿eh, Goddard?

—No, en absoluto. Pero con las manos libres podría intentar huir. O atacarme a mí. Y no quiero correr riesgos, sargento Whorf. Vamos,

que empiece la pelea —indicó Sholto, retirándose.

Whorf miró fugazmente a Dehner y luego fue lentamente hacia el mastodonte de Jerome, quien sonreía, convencido de que iba a divertirse mucho a costa del sargento.

Stuart redobló sus esfuerzos por aflojar sus ligaduras.

Eran resistentes, pero debía aprovechar aquellos momentos para soltarse, pues sabía que el sargento Whorf lo iba a pasar muy mal en su desigual pelea con el musculoso verdugo.

Con las manos libres hubiera sido una lucha difícil, conque con las manos atadas a la espalda...

Whorf también sabía que el gigantesco verdugo le iba a propinar una buena paliza, pero confiaba en que el teniente Dehner, aprovechando la lógica distracción de Sholto Goddard y Jerome, pudiera vencer la resistencia de sus ligaduras.

Después, y con las manos libres, Dehner podía hacer muchas cosas.

Rowena Bailey pensaba lo mismo, y como era ésa la única posibilidad que tenían los tres de librarse de la guillotina, pidió fervorosamente al cielo que ayudara al teniente Dehner a soltarse.

Sabía que Stuart lo estaba intentando con todas sus fuerzas, porque tenía el rostro congestionado, las venas de cuello hinchadas, los músculos del pecho y de los brazos en tensión...

Entretanto, Jerome le había soltado un zarpazo al sargento Whorf.

Este dio un salto, esquivando la manaza del verdugo, y disparó la pierna, buscando el estómago del energúmeno, pero Jerome anduvo listo y burló la patada.

El siguiente zarpazo del verdugo no pudo ser esquivado por Whorf, quien se vio derribado, entre las risas de Sholto Goddard, quien no prestaba la menor atención al teniente Dehner.

El sargento Whorf intentó levantarse, pero Jerome le soltó un patadón y lo hizo rodar por el suelo.

—¡Cobarde! —rugió el policía, que no podía erguirse con rapidez al no poder ayudarse con las manos.

Jerome dio un gran salto, lo agarró por detrás y lo levantó como si fuera un ligero almohadón de plumas. Sin dejar que el sargento tocara el suelo con sus pies desnudos, empezó a apretarle el pecho con su descomunal fuerza.

Las costillas de Buck Whorf crujieron claramente.

—¡Suéltame, bestia! —bramó, soportando a duras penas el dolor.

—¡Le advertí que Jerome tiene la fuerza de un elefante, sargento Whorf! —recordó Sholto, riendo.

Como el rinoceronte de Jerome seguía apretando, Whorf proyectó bruscamente su cabeza hacia atrás y tuvo la suerte de alcanzar en el rostro al verdugo, quien dio un grito y lo soltó en el acto.

El sargento cayó, con las costillas medio trituradas.

Jerome, furioso porque estaba sangrando por la nariz, la emprendió a patadas con el policía.

Por fortuna, las ligaduras del teniente Dehner saltaron en aquel momento y le permitieron ponerse en pie de un salto, con las manos libres.

—¡Basta, cobarde! —rugió, lanzándose hacia el verdugo.

—¡A él, Jerome! —rugió Sholto Goddard, que no se explicaba cómo el teniente había podido soltarse.

El verdugo tampoco se lo explicaba, pero se olvidó del sargento Whorf y se dispuso a triturarle el esqueleto al teniente Dehner.

Este burló el zarpazo que le soltó el encapuchado y le incrustó el puño en el hígado, pero le hizo menos daño de lo que pensaba.

La verdad es que Jerome apenas lo acusó e intentó atrapar de nuevo al policía, sin conseguirlo, porque Stuart dio un salto y esquivó los poderosos brazos del verdugo.

Antes de que el mastodonte le atacara de nuevo, Stuart levantó velozmente la pierna y le incrustó el empeine del pie entre sus musculosos muslos, pillándole de lleno lo que tenía de hombre.

Jerome lanzó un tremendo alarido y se derrumbó instantáneamente, incapaz de resistir en pie tanto dolor.

Stuart le asestó un par de golpes terribles en la nuca, con el canto de su mano derecha, y el verdugo dejó de sufrir, porque perdió el sentido.

—¡Maldición! —rugió Sholto, y corrió hacia la guillotina, para amenazar al teniente Dehner con hacerla funcionar si no se quedaba muy quieto.

—¡Stuart! —chilló Rowena, aterrorizada.

Dehner corría ya también hacia la guillotina adivinando las

intenciones de Goddard, al que consiguió atrapar a tiempo, propinándole varios puñetazos seguidos.

Sholto cayó al suelo, y ya no se movió.

Stuart se apresuró a abrir el cepo de la guillotina rescatando a Rowena, a la que abrazó con fuerza aun antes de soltarle las manos.

El sargento Whorf, desde el suelo, vio que Sholto Goddard se incorporaba y levantaba el puño, para descargarlo sobre la nuca de Stuart, que le daba la espalda.

—¡Cuidado, teniente! —gritó.

Stuart empujó a Rowena cayendo ambos al suelo.

Sholto, al fallar el golpe, cayó sobre el cepo de la guillotina, con tanta brusquedad, que la enorme cuchilla se puso en movimiento y le cayó encima, partiéndolo en dos.

Rowena dio un chillido y se desmayó.

El espectáculo era demasiado horroroso, y la muchacha no lo pudo resistir.

EPILOGO

En la comisaría, Jerome prestó declaración confesando todos los crímenes ordenados por Sholto Goddard y cometidos por él, en su papel de verdugo.

Explicó dónde había dejado ocultos los cuerpos decapitados y desnudos de las mujeres cuyas cabezas figuraban en la macabra colección de Sholto Goddard. Tan bien ocultos, que sólo uno de ellos, el de Ellen Price, había sido descubierto hasta el momento presente.

Explicó, también, por qué les amputaba los extremos de los dedos de las manos a las víctimas, una vez decapitadas, confirmando las sospechas del teniente Dehner.

El sargento Whorf se encontraba mejor de lo que cabía esperar, después de los patadones y el brutal apretón de costillas que le diera el mastodonte de Jerome.

No obstante, Stuart le dio permiso para descansar al día siguiente, y Buck se loagradeció.

Más tarde, y ya en el apartamento de Rowena Bailey, ésta curó las muñecas del teniente Dehner, lastimadas por las ligaduras cuya resistencia se vio éste obligado a vencer.

—Ya está —dijo la muchacha, cuando terminó la cura.

—Entonces, ya puedo besarte y abrazarte —respondió Stuart, y lo hizo.

Estaban sentados en el sofá del living.

Rowena devolvió los besos que el policía le daba, se dejó abrazar y también se dejó acariciar. Ni siquiera protestó cuando Stuart alcanzó sus senos, oprimiéndoselos con delicadeza, lo que le produjo un gran placer.

—Oh, Stuart... —gimió dulcemente.

Dehner interrumpió los besos y la miró a los ojos, sin dejar de acariciarle los senos.

—Deseo hacer el amor contigo, Rowena.

—Ya lo sé.

—Antes de que digas nada más, quiero que sepas que significas

mucho para mí. Tanto, que deseo pedirte que te cases conmigo.

El rostro de Rowena Bailey resplandeció.

—¿Soy su media naranja, teniente?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Si no lo estuviera no te habría pedido en matrimonio.

—Eso es verdad.

—¿Qué me respondes, Rowena?

—Que me siento inmensamente feliz, porque yo también te quiero, Stuart —confesó ella, y le besó con pasión.

Dehner la tomó en brazos y la llevó hacia el dormitorio.

No quería hacerle el amor en el sofá.

F I N



11736
9 788402 025135

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España